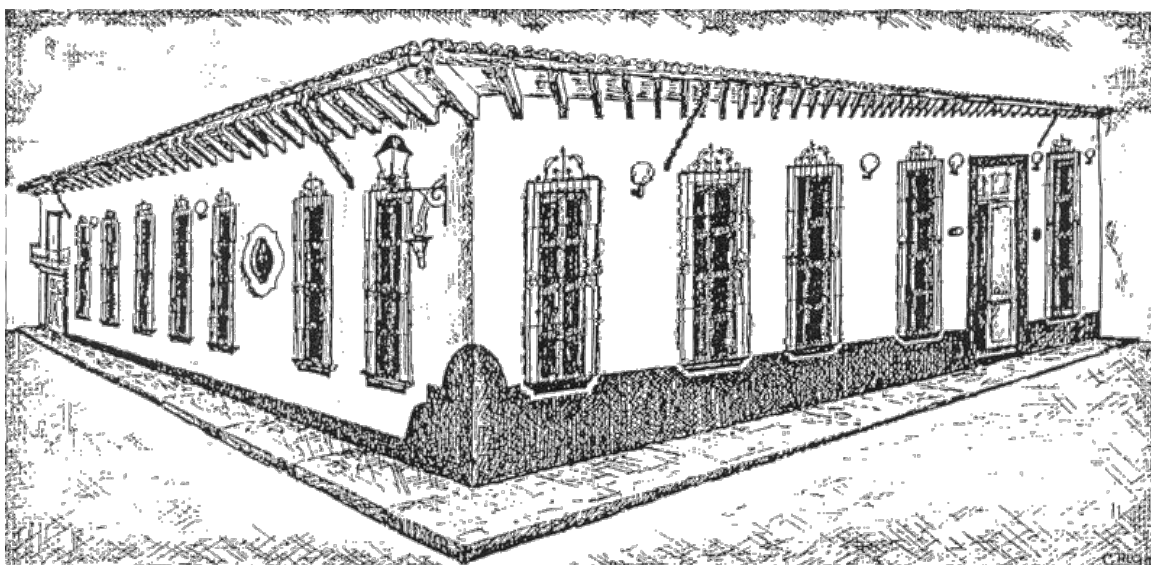


Cuadernos de Trabajo

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

UNIVERSIDAD VERACRUZANA



8

Espacialidad en lugar de espacio Elementos para la organización creativa del conocimiento

FELICIANO GARCÍA AGUIRRE

Xalapa, Veracruz, Julio 2001

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICO-SOCIALES

Director: José Velasco Toro

CUADERNOS DE TRABAJO

Editor:

Feliciano García Aguirre

Comité Editorial:

Joaquín R. González Martínez

Ramón Ramírez Melgarejo

Rosío Córdova Plaza

Pedro Jiménez Lara

Alfredo Zavaleta Betancourt

CUADERNO DE TRABAJO N° 8

© Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales

Universidad Veracruzana

Diego Leño 8, Centro

Xalapa, C.P. 91000, Veracruz

ISSN 1405-5600

Viñeta de la portada: Luis Rechy (†)

Cuidado de la edición: Job Hernández Rodríguez

Julio de 2001

Impreso en México

Espacialidad en lugar de espacio

Elementos para la organización creativa del conocimiento

FELICIANO GARCÍA AGUIRRE

Cuadernos de trabajo
Instituto de investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana

Presentación

En América Latina existe una acentuada carencia de soluciones metodológicas propias en diversos campos de los cultivados por los científicos sociales. Los principales retos se sitúan en el ámbito epistemológico, metodológico y pedagógico. La gran mayoría de los análisis empíricos recogen buena parte de sus premisas de la tradición europea y norteamericana. De esa manera hemos heredado también sus universos problemáticos y lo que frecuentemente resulta peor, las soluciones a los mismos.

A su dilatada presencia en los ambientes académico-políticos, ha contribuido una especie de facilismo, de acomodamiento intelectual, falta de imaginación y decisión para innovar y trascender todo género de construcciones, enfocándolos desde la perspectiva que nos brindan las complejas realidades sociohistóricas latinoamericanas. Aún cuando existen notables esfuerzos de destacados científicos latinoamericanos, no son todavía dominantes en la construcción de conocimientos en la actualidad.

Estar atentos a lo que sucede en cada uno de los circuitos innovadores del subcontinente es obligatorio para los profesionales de las ciencias sociales, para identificar corrientes emergentes, alternativas contrahegemónicas o simplemente miradas alternativas y soluciones metodológicas varias. Tal enunciado sería incompleto si no nos involucrásemos decididamente aportando el producto de nuestro trabajo y reflexión desde la perspectiva latinoamericana.

Las carencias metodológicas, el tamaño de los retos planteados por la colonización del pensamiento y la compleja realidad sociohistórica del subcontinente, me invitaron a dedicar el presente trabajo a reflexionar en torno a las implicaciones derivadas del uso de una categoría central para los estudios regionales y locales: el *espacio*. En la presente exposición el lector encontrará algunas soluciones a lo que considero uno de aspectos más problemáticos de aquellos estudios: la apreciación de la *espacialidad*. La hipótesis de trabajo que norma nuestra reflexión indica que la no identificación y análisis de la *espacialidad* de los fenómenos sociohistóricos ha limitado la creatividad intelectual e impedido reenfocar las potencialidades ofrecidas por los estudios regionales de los fenómenos sociales -en su complejo y dinámico devenir-, articulados por sujetos y lugares concretos, en medioambientes específicos pletóricos de historia y conocimientos.

FGA

Introducción

Espacio y tiempo han sido dos categorías usadas extensamente por los científicos sociales para aprehender los fenómenos de su interés y construir conocimientos. A pesar de su extendida utilización podemos reconocer imprecisiones, carencias y fallos en sus usos como elementos organizadores del conocimiento. ¿Es posible superar tales limitaciones? ¿Cómo proponer conceptos alternativos que alimenten la creatividad analítica de los complejos problemas sociales de nuestra contemporaneidad desde, para y por América Latina?

Las anteriores cuestiones tienen sentido porque existe una importante producción científica que da cuenta de la presencia e importancia del fenómeno, pero sus autores poco se han aventurado a ofrecer soluciones conceptuales propias. Así se enfrentan situaciones paradójicas que reclaman soluciones. Tratando de colaborar en la solución de tan extendida práctica el presente trabajo adelanta algunas respuestas a cuestiones implícitas en la exigencia de soluciones metodológicas apropiadas al uso incondicional del espacio. Concentraré la atención en las diversas nociones de espacio empleadas por diferentes científicos sociales, para de ahí avanzar en la construcción de alternativas a su empleo metodológico.

De las lecciones de la historia a las de la experiencia empírica

Desde el siglo XVIII diversos científicos sociales habían manifestado preocupación por la importancia del espacio para la comprensión y explicación de ciertos problemas de la sociedad. Similares preocupaciones mostraban por los procesos que se extendían sobre la superficie terrestre. Los clásicos de la economía política¹ habían hecho alusión a la importancia adquirida por la incorporación de nuevas tierras al cultivo, como la famosa teoría ricardiana de la renta. Los círculos trazados por David Ricardo mostraban gráficamente la elevación de los costos al incorporar tierras de menos productivas, todo ello expresado en un plano bidimensional mecanicista, como generalmente se grafican en la actualidad la mayor parte de los planos basados en la geometría euclidiana. Fueron los geógrafos los que pusieron mayor énfasis en las cuestiones que suscitaba la importancia de los costos de transporte de mercancías y personas entre distintos conglomerados humanos. Pero a pesar de que las modificaciones paradigmáticas se han movido en varias direcciones, no lo han hecho tan radicalmente o tal vez no hasta donde hubiésemos querido en materia de la espacialidad de los fenómenos sociales.

La movilidad social y los conflictos de gran envergadura del siglo XIX revitalizaron el interés por el espacio, tanto como lo había suscitado el tiempo, ambas categorías inherentes al comportamiento de los procesos sociales. Las miradas sobre los descubrimientos de la física teórica -de Newton a Einstein- fueron reciclados para clarificar la importancia adquirida por el espacio en casi todas las explicaciones sociales² consideradas avanzadas, creativas, realistas y objetivas. Los estudios regionales y el regionalismo impulsados por geógrafos, economistas, sociólogos, antropólogos e historiadores tuvieron ese fuerte influjo y respaldaron sus análisis empíricos en el espacio como si fuese un *ente* abstracto que al abrigarse en el halo científico newtoniano³ garantizase su cientificidad. Con ello el acusado énfasis en la cuantificación de las variables elegidas pasaron a constituirse en *canon* y por ende en condición *sine qua non* de cualesquier

¹ “De un parte ... la cooperación permite extender el radio de acción del trabajo, siendo, por tanto indispensable toda una serie de procesos de trabajo para la concatenación geográfica del objeto sobre el que el trabajo recae: desecación de tierras, canalización, irrigación, construcción de diques, calles, líneas ferroviarias, etc. De otra parte, éste régimen permite reducir en el espacio la zona de producción, en proporción a la escala de esta. Esta posibilidad de reducir la esfera de trabajo en el espacio, a la par que se extiende su radio de acción, se explica por la aglomeración de obreros, la coordinación entre diversos procesos de trabajo y la concatenación de los medios de producción ...” afirmaba Carlos Marx a finales del siglo pasado en *El Capital* (1962: 284).

² Esto fue consecuencia de los estancos creados por el conocimiento científico nomotético. Como bien lo ha señalado Immanuel Wallerstein (1998), ellos impidieron cruzar las fronteras delineadas por las ciencias sociales durante el siglo XIX y con ello se limitó la comprensión de innumerables procesos sociohistóricos.

³ “Dentro de la física clásica los conceptos newtonianos dominaron durante varios siglos y condujeron a la idea de espacio como arena inmóvil e inmutable, y la del influir regular y acompasado del tiempo, como otra arena, sólo que temporal. Y estas arenas independientes de todo acontecer, eran concebidas como el asiento en donde se acomoda el mundo y sus enseres...” Luis de la Peña (1998: 17). Una justificación más amplia al respecto la ofrece Edgardo Lander (2000: 11-58) en la que sin duda está llamada a ser una obra imprescindible para la construcción de conocimientos científicos en América Latina.

construcción empírico metodológica nomotética, considerada de algún valor científico.

Otros aspectos habrán de agregarse a la complejización de la relación sujeto-objeto sociohistórico. Las ciencias sociales como ninguna otra se constituirían en la arena predilecta para dirimir posiciones político-ideológicas. Después de la quinta década del siglo pasado, la *Guerra Fría* crearía el ambiente propicio para alimentar la polarización política y por ende la aceptación o el tácito rechazo de cualesquiera de las posiciones teóricas empeñadas en discutir las implicaciones que las categorías del *espacio* y el *tiempo* tendrían en las construcciones de conocimientos nuevos. Ello generó el facilismo y el acomodamiento de muchos profesionales de las ciencias sociales, no sin consecuencias. Una posición política bastaba y la identificación con un grupo o escuela del pensamiento también, de allí que las búsquedas genuinas eran tildadas de eclécticas o fuera de contexto. Ese ambiente pospuso tareas metodológicas imprescindibles para la construcción científica en nuestros países.

El momento actual se muestra igualmente poco propiciatorio. El desvencijamiento de los grandes paradigmas históricos del progreso y evolución sin retrocesos de la humanidad -en los cuales tenían cifradas esperanzas muchos intelectuales-, condujo al inmovilismo expectante de quienes perdieron sus más firmes asideros en la novena década del siglo pasado. La mayoría de quienes apresuradamente y a la ligera se declararon materialistas histórico-dialécticos -por identificación política con las oleadas de liberación nacional en el tercer mundo o por esnobismo-, pasaron con frecuencia a engrosar las filas de los neomarxistas e incluso a compartir las tesis de Francis Fukuyama. Para muchos de ellos las leyes del libre mercado y el sistema capitalista habían llegado para quedarse y no se interesaron en considerar otras alternativas históricas. La complejidad aumentaba así sus dimensiones y los nuevos paradigmas insistían en la entropía⁴ y el caos. Los análisis acentuaron su empirismo y la cuantificación y matematización se habría paso como *la solución* posible. Al adquirir la verdad *status* de inexistente, sólo esa certeza se reconoció como verdadera.

Si nos situásemos en la década de los años sesenta del pasado siglo -aunque con antecedentes anteriores- y buscásemos en el mapa intelectual los principales aportes de quienes se interesaron decididamente por la influencia del espacio en los análisis de los científicos sociales, sin duda habríamos de llegar a

⁴ La entropía mide el grado de desorden de un sistema y se ajusta a la segunda ley de la termodinámica. "... la entropía de un sistema aislado siempre aumenta, y cuando dos sistemas se juntan, la entropía del sistema combinado es mayor que la suma de las entropías de los sistemas individuales..." Stephen W. Hawking (1998: 140). Esta misma concepción es muy conocida entre los urbanólogos, cuando se dice: *una ciudad es mas que la suma de sus casas*. Siguiendo a Hawking (Op. Cit., p. 83) podemos comprender mejor los efectos del principio de incertidumbre sobre la manera en que pensamos el mundo. "...El principio de incertidumbre marcó el final del sueño de Laplace de una teoría de la ciencia, un modelo del universo que sería totalmente determinista: ciertamente, no se pueden predecir los acontecimientos futuros con exactitud si ni siquiera se puede medir el estado presente del universo de forma precisa..." Pero de tal principio no es deducible en línea directa la incompreensión del universo, antes bien predice cierto numero de resultados posibles y nos acerca a las probabilidades de cada uno de ellos. Interpretación muy diferente a la que se la ha querido otorgar en las ciencias sociales, sesgando el sentido, mostrándolo como sinónimo de impenetrabilidad.

Francia. Fueron los regionalistas franceses geógrafos e historiadores los que pusieron especial cuidado en el espacio. El espacio como exterioridad de todas las cosas, como el continente, como campo de fuerzas, urbano, rural, etcétera.

Similares esfuerzos realizaron los científicos norteamericanos. Las escuelas de regionalistas hurgaron lo mismo en los sistemas de ciudades que en la aplicación de los modelos newtonianos de gravitación universal para describir la interacción social. Probaron con matrices de interacción intersectorial, idearon modelos econométricos de clara influencia keynesiana, se interesaron en el urbanismo como paisaje y diseñaron medidas de control administrativo de sus urbes.

Ambas escuelas nutrieron las necesidades explicativas de buena parte del entorno latinoamericano; baste recordar las influyentes apreciaciones de dos instituciones dedicadas a promover el desarrollo del capitalismo en el área: el ILPES y la CEPAL. Por eso México se convertiría en uno de los baluartes de dichas propuestas metodológicas en la década de los setenta. Los planes de desarrollo se volcaron hacia en ámbito regional con tal fuerza que durante el régimen de José López Portillo -por ejemplo- se diseñaron planes de desarrollo urbano inspirados en la teoría de los polos de crecimiento con el sustento teórico propuesto por François Perroux. La noción del espacio polarizado utilizado por éste intelectual francés asesor de Charles De Gaulle y promotor de la *coexistencia pacífica*, sería empleado incontadas veces en Latinoamérica para dar concreción a explicaciones teóricas como la de Raúl Prebisch y sus seguidores, que insistieron en las relaciones centro-periferia y en la importancia estratégica de sustituir las importaciones por la vía de la industrialización.

Describir las veces y las formas en que las nociones de espacio y región han sido empleadas por profesionales de distintas filiaciones es una tarea de envergadura mayor que no vamos a desplegar aquí. En cambio, se adelantarán algunas apreciaciones respecto al *espacio* como categoría que expresa serias consecuencias interpretativas del comportamiento de los procesos sociales. Por lo tanto no haré una descripción de las cualidades que singularizan a una categoría como el espacio y a un concepto como el de región -concíbanseles como se les conciba-, por que ello implica situarnos en el terreno filosófico⁵ y en el propio de la evolución de la física,⁶ para de ahí pasar a las referencias palpables en las ciencias sociales. ¿Por qué afirmo esto? De la filosofía a la evolución de las ciencias concretas hay un tramo enorme de saberes en busca de clarificación y prueba, de las cuales el quehacer científico habrá de dar cuenta. Por ello, habré de situarme en el campo metodológico para destacar los aspectos que pueden inducir discusiones creativas y correcciones en el momento de impulsar y diseñar investigaciones concretas.

⁵ Al respecto baste tener presente las obras de Nicolai Hartman (1960), H.B. Hiller (1960), R. Jolivet (1976), M. Bunge (1980).

⁶ La velocidad con que se suceden las discusiones entre los científicos sociales sólo nos permiten acercarnos como diletantes a obras tan importantes como las de Stephen W. Hawking(1988), Ilya Prigogine(1998) y Michio Kaku, (1998). Muestra de ello es la obra coordinada por Luis de la Peña (1998).

El *espacio* como categoría ha sido empleada por los científicos sociales con laxitud y descuido. ¿Qué implicaciones tiene dicho uso? En el ámbito propio de la reflexiones teóricas dicha categoría funciona como el punto de llegada, pero también como caracterizador de los procesos analizados empíricamente. ¿Cuales son sus consecuencias prácticas? En primer lugar empobrece los resultados de la investigación, debido a que el espacio -como categoría inherente al quehacer humano en todas sus formas- resulta impreciso para caracterizarlos, sobre todo porque su uso indiscriminado padece la impronta de la concepción del espacio como receptáculo. ¿Es posible transparentar las consecuencias de tales descuidos? ¿Qué importancia práctica tiene hacerlo para la comprensión de los fenómenos sociales?

A lo largo de las últimas dos décadas hemos escuchado en foros diversos hablar del espacio real, ideal, curvado, abierto, cerrado, espiritual, económico, histórico, urbano, rural, mítico, virtual, ocupado, vacío, colonial, geográfico, religioso, sincrético, emocional, etc. Igualmente hemos constatado las referencias diversas al ámbito regional cuando se alude a una parte de cualesquier universo sea éste histórico, social, económico, antropológico, político, geográfico, etc., debido a su gran flexibilidad. El concepto de región igualmente es usado para referirnos al ámbito latinoamericano, que a un conjunto de países como por ejemplo los congregados en el Pacto Andino, o los integrantes de la Comunidad Económica Europea o los de Asia-Pacífico, que a los Altos de Chiapas, La Patagonia o el Totonacapan. Así de ambiguo -o diverso si se quiere- puede parecer el concepto de región.

La identificación o selección de regiones es para cualquier fin práctico infinita -existen regiones dentro de regiones- hay tantas como analistas. Tan sólo en México cada entidad federativa es considerada como una de ellas, cada municipio otra, cada distrito electoral otra; en fin para cada propósito es posible hacer cortes sobre un mapa y el resultado es un auténtico picadillo del territorio. Por elemental y mecánico dicho procedimiento ha sido aceptado sin reparo. Tales referentes si bien son empleados con fines administrativos por diversas organizaciones gubernamentales o cualesquiera otra institución, ¿qué implicaciones tienen para el análisis sociohistórico? La cuestión alcanza pertinencia debido a que se ha comprobado extensamente que los fenómenos sociales se desplazan y expresan mas allá de las delimitaciones políticoadministrativas. Los límites fronterizos entre estados nacionales son aquí el ejemplo más claro de la manera en que las fronteras son rebasadas por el movimiento de los sujetos sociales.⁷

El concepto de región ha demostrado su plasticidad cada vez que se le usa empíricamente. Cuando se trata de analizar y describir las peculiaridades regionales las desavenencias surgen por todos lados. Cada vez que nos interesamos en diversos productos de investigación, de claro perfil regionalista, constatamos que los conceptos de espacio y región son empleados frecuentemente como sinónimos, pero también al primero como respaldo en última instancia del segundo y con ello damos vuelta en redondo. El círculo se cierra y no se distingue la manera en que

⁷ Las fronteras norte y sur mexicanas son el vivo ejemplo de la forma en la que los procesos sociales rebasan las delimitaciones político administrativas. Son un bullir en permanente de trasiegos en los cuales la vida se hace y rehace, deshace y vuelve a renacer, a veces más allá de lo imaginado.

uno y otro se enlazan, ni cual es su papel en la construcción de conocimientos. Los análisis así realizados confunden alimentando inseguridades y con ello los predicamentos metodológicos inician errática senda: ¿por dónde empezar? ¿delimitando la región *ex ante* bajo cualesquier pretexto? ¿describiendo empíricamente los fenómenos elegidos para el estudio? ¿aludiendo al espacio cómo el lugar en el cual se expresa lo analizado?

La región se ha convertido en objeto y sujeto de estudio. Los procesos sociohistóricos han pasado a ser la segunda instancia y el espacio la tercera o cuarta, otorgándole un halo de alta sofisticación a cualquier descripción analógica y homologadora, con tal de que sea bien escrita, atractiva para el mercado, prolijamente ilustrada con mapas, gráficos o documentos raros y si es posible sin pretensiones críticas. Pero la región ha dado frutos y su prodigalidad se ha manifestado copiosamente.

A la complicada madeja regionalista se le desprende otro hilo: el ámbito local.⁸ Los estudios locales han recorrido buen trecho. En nuestro país Luis González y González descubrió la punta en los sesenta y su afamada obra *-Pueblo en vilo-* ha dado vueltas al continente en más de una generación de historiadores. A sus empeños siguieron los de J. Womack (1970), D. A. Brading (1971), M. Carmagnani (1994), M. Cerruti (1992) y toda una cauda, mismos que fundaron escuelas de historiadores identificados como regionalistas, aunque fueran algunos de ellos en realidad localistas. Por supuesto que los frutos han sido abundantes y ofrecido matices insospechados, propuestas creativas sobre todo cuando se les mira desde la enriquecedora perspectiva del conocimiento que de nosotros mismos poseíamos hace apenas algunas décadas.⁹ Han derrumbado históricos mitos y construido puentes a la comprensión en donde no los había. Pero al margen de la

⁸ Manuel Castells (1999: 425) afirma: "... algunos investigadores sostienen que el nuevo sistema industrial no es global ni local, sino una articulación de dinámicas globales y locales." Mucho antes Alejandra Moreno Toscano y Enrique Florescano (1977) comprendieron el fenómeno e insistieron en la importancia de las relaciones internacionales en la conformación del espacio regional mexicano.

⁹ En América Latina estas tareas se iniciaron mucho antes. En Argentina autores como Oreste Popescu (1958) se interesó en sintetizar el conocimiento económico respecto al ámbito económico-geográfico espacial. A dicho esfuerzo siguieron otros como los de Alejandro Rofman (1974) y el de una buena cepa de profesores chilenos y brasileños que se expresaron a través de organismos internacionales, entre los que destacan planificadores del desarrollo como Carlos de Mattos y el propio Carlos Matus, así como algunos teóricos de la dependencia. En cualesquiera de los casos, la década de los años setenta fue el momento en el cual la preocupación regionalista llegó para quedarse entre los científicos sociales del todo el continente. Un balance de lo logrado hasta el momento por el análisis regional se erige cada vez más como necesidad entre los científicos sociales para replantear líneas de investigación y propiciar intercambios más fructíferos. Tiene que ver justamente con ello la pregunta que ya circula en los ambientes académicos: ¿se ha llegado a un nivel de saturación en los estudios regionales? Si bien compartimos con Carlos Marichal (1992) y otros estudiosos la consideración de que estos estudios son indispensables para matizar y enriquecer lo que sabemos de nosotros mismos, también es cierto que la saturación se ha apoderado de la propuesta. No avanzamos en la comprensión cabal del comportamiento general de los procesos sociales porque tampoco lo hacemos con la fuerza debida en los particulares, lo cual se muestra como paradoja irresoluble. El drama no se queda ahí, pues ambas intencionalidades tampoco avanzan cuidadosamente en la precisión conceptual fina que nos permita reflejar la compleja trama de los procesos sociohistóricos.

espaciotemporalidad que caracteriza sus objetos de estudio, la región y su homónimo el espacio deambulan como conceptos motrices de sus construcciones sin llegar cuestionar su uso, ni su trascendencia.¹⁰

¿Cómo precisar en breve las implicaciones de ambos conceptos? Recurrir a un balance de los productos que se han vertido en el ámbito académico nacional a lo largo por lo menos de las últimas tres décadas, ya se ha dicho, sería ideal. ¿Cómo proceder ante la necesidad de expresar el conocimiento? Elegiré una serie de ejemplos -que espero resulten afortunados- para señalar algunas fuentes de error en el uso de ambos conceptos, para de ahí introducirme en lo que me parece una propuesta metodológica sugerente, no concluyente, sin clausura, abierta a la reflexión y posibilidades múltiples de prueba.

De los asideros teóricos a la instrumentación conceptual

Para Luis González la microhistoria se confunde y enlaza con *el terruño* y éste a su vez con *el espacio*, hasta el punto de definir *la patria*. Digámoslo de otra manera, *la patria*¹¹ expresa el más profundo sentir del mexicano o lo mexicano, en donde el terruño se torna en el ámbito material de su expresión histórica capaz de adueñarse del espacio. En sus palabras la noción se aprecia más plena:

El terruño es dueño de un espacio corto y un tiempo largo. El terruño es más común en la república mexicana empieza en el siglo XVI con la política de las congregaciones de indios y la fundación de las comunidades españolas. Se trata de pocos kilómetros de superficie, muchos años y poca gente. Las personas que ocupan sucesivamente un terruño se conocen entre sí. La lucha de clases suele ser mínima y la de las familias máxima. Las relaciones con el territorio tienden a ser amorosas y con las comunidades vecinas conflictivas. Diez, doce o quince de estas minicomunidades confluyen generalmente con un mercado, capital de una región. En lo cultural, cada terruño maneja un haz

¹⁰ La influencia y sugerencias de Luis González han visto florecido en tierras venezolanas, cubanas y colombianas. Basten citarse los logros investigativos de Aristides Medina Rubio y todo el grupo congregado en torno a *Tierra Firme*, esfuerzo editorial que cuenta en su haber con más de 68 números ininterrumpidos. Hernán Venegas (1993) con sus empeños por teorizar en torno a la historia regional, o los esfuerzos en Colombia de Roberto González Arana nucleados en la revista *Historia y pensamiento*. Sin duda también lo mismo ha estado sucediendo en distintos centros universitarios brasileños, pues de ellos hemos recibido ecos y voces importantes.

¹¹ González (1991: 24-35), nos ofrece una definición de terruño en la cual se precisa su concepción: “Un terruño es un espacio corto, abarcable de una sola mirada hecha desde las torres del templo parroquial o desde una loma. Por término medio, un terruño mide de 500 a 1000 kilómetros cuadrados. Por regla general, un terruño en México equivale a un municipio o una parroquia. Es por lo menos diez veces más pequeño que una región y 50 veces menor que el promedio de los estados de la república mexicana, donde caben cosa de 3000 terruños distinguibles entre sí pese a contener todos ellos muchos rasgos comunes ... Cada terruño posee su límites administrativos que los separan de otros terruños; cada uno suele tener su pueblo y sus rancherías; en todos habita una población escasa, unos miles de individuos que se conocen entre sí, que se llaman por su nombre y apellido y que saben de qué pie cojea cada vecino... En las comunidades pequeñas, las ligas de orden social son poco económicas y muy consanguíneas y emotivas. En cuestión de discordias, la lucha entre familias le hace sombra a la lucha de clases.”

de prejuicios que rigen desde la mesa hasta el altar, pasando por un código de honor, una cosmovisión, un andadito y una manera de hacer arte.

Un terruño *es dueño* de un *espacio corto* y un *tiempo largo*. Si separásemos esta expresión reveladora, ¿qué podríamos deducir? Si el terruño es dueño, domina un espacio corto, éste es apropiable pese a su indefinición. Lo cual implicaría saber si es apropiable o no el espacio. Aquí las cuestiones evidencian su complejidad. Si el espacio no es una cosa u objeto, ni receptáculo de lo existente, ¿qué es para Luis González? En última instancia, ¿qué es el terruño? Si para definirlo empleamos la categoría de *espacio corto*, igualmente válido es pensar en el *espacio largo*, ancho, profundo, alto, vacío, lleno, quebrado, ondulado, finito, infinito, etc. El problema aún no se ha planteado. Pero acerquémonos a otras miradas para clarificar el sentido de la cuestión.

Del lado de la economía o si se prefiere de la geografía económica. Igual que los historiadores economistas y geógrafos consideran imprescindible en la valoración de sus hipótesis los estudios regionales, con ellas buscan aproximarse - mediante la deducción e inducción- a nociones más realistas de sus modelos. Sin embargo, tales aproximaciones tiene que ver con el uso de modelos espacio-regionales en los cuales *el lugar* -el *ser allí*¹² es una variable de importancia crucial. El trabajo de Carol A. Smith (1991: 40) es particularmente revelador de la manera en que este tipo de conocimiento traba sus relaciones:

Las unidades de análisis regional, según ha desarrollado y elaborado la geografía económica, son: regiones, sistemas de intercambio, lugares centrales, niveles sistémicos y relaciones de ubicación. Las regiones pueden definirse formal o funcionalmente; la primera pone énfasis en la homogeneidad de un elemento de un territorio dado, la segunda lo hace en los sistemas de relaciones funcionales dentro de un sistema territorial integrado.¹³

Así:

Un sistema regional complejo incluye más de un lugar central, cada uno de los cuales es un nodo para los sistemas incluidos en los diferentes niveles de un sistema más grande: los sistemas más pequeños se encajan en los *hinterlands* de los sistemas mayores y el lugar central más grande que se esté teniendo en cuenta abarca todo el sistema regional en cuestión.¹⁴

¹² Una concepción de “lugar” completamente distinta y a la cual retronaremos mas adelante es la de Alejandro Moreno (2000: 155-199), interesada develar la medida en que sigue siendo una ayuda o impedimento para pensar la cultura, la naturaleza y los fenómenos globales.

¹³ El presupuesto fundamental aquí es que: “... los sistemas económicos se forman por relaciones de intercambio, donde las comunidades o asentamientos de un territorio se interrelacionan por vínculos entre sí, mediante una simple red o por arreglos jerárquicos con al menos un lugar central... Un lugar central es un asentamiento o conglomerado de funciones económicas que es el eje de un sistema jerárquico que incluye otros asentamientos ... un lugar central se convierte en eje de una región porque las mercancías, la gente y la información fluyen principalmente entre el centro y su poco diferenciado *hinterland* (zonas aledañas).” Smith, Op. Cit., p. 41.

¹⁴ Ibidem.

Los centros de interacción económica y sus entornos son *el quid* de la cuestión regional otorgando sentido al *lugar*. Pero ¿cómo se definen o conciben estos y cómo los elementos del sistema en cuestión? Los antecedentes a que ha dado lugar el desarrollo de esta teorización son sin duda las obras de Johan H. von Thünen y Walter Christaller, en las que se percibe la manera en la cual la teoría del *lugar central* está ideada para explicar relaciones económicas espaciales.¹⁵ Los sujetos sociales son desdibujados en aras de un alto nivel de abstracción generalizante, aspecto comprobable al observar sus gráficos concéntricos circulares o exagonales superpuestos. El espacio al que se alude sin duda el euclidiano, plano, bidimensional y la espacialidad es el resultado de la superposición de planos. Las variables económicas seleccionadas, tanto como las relaciones comerciales o de servicios, describen sus desplazamientos territoriales pero no logran interiorizar su explicación.

Desde el punto de vista gráfico y simplificador -esto es, vistos desde la forma-, los instrumentos derivados de tales propuestas han demostrado su utilidad empírica al ser usados con fines de remodelación urbana y regulación administrativa de los territorios de los estados nacionales. Ello no significa que atinen a la solución de los problemas sociales. Distintas evaluaciones de los planes de desarrollo en el contexto latinoamericano han corroborado con frecuencia el agravamiento como resultado de las aludidas intervenciones.¹⁶

Pero las cosas no han parado ahí, en el terreno de la concepción y descripción de la asimilación teórica. Los estudiosos del comportamiento de los mercados los han descrito como sistemas *dendríticos*,¹⁷ basados en las ramificaciones empíricas que es posible dibujar siguiendo las líneas de relaciones entre lugares con funciones sociales específicas, en las cuales existe un centro dominante. Los *dendrooms*, o huellas dejadas por el paso del tiempo en los troncos de los árboles, en los que es posible leer su historia, no coinciden con las ramificaciones dendríticas empleadas por la geografía económica, ni con las llamadas *solares* -red de mercados organizada alrededor de uno o varios centros articuladores-. Tampoco salimos de apuros con tales nociones espaciales, en las que persiste la idea de los lugares centrales.

Existen dos nociones más que se han empleado profusamente como descriptores, pero que tampoco resuelven el problema. Una de ellas es la noción de sistema *reticular* y otra es la noción de *polo o nodo*. La primera deviene de la ubicación en una cuadrícula orientada preferentemente hacia el norte, empleada

¹⁵ Sin duda se han efectuado variadas interpretaciones y reexposiciones de ambas teorías. En la escuela de regionalistas norteamericanos dos obras marcaron el rumbo de esfuerzos posteriores, la realizada por Harry Richardson (1974) y la de Walter Izard (1975). Ambas han sido sintetizadas en la obra referida de Carol A. Smith, lo que la resulta de gran valor hermenéutico para los regionalistas.

¹⁶ José Luis Coraggio (1994), ha sido uno de los principales críticos de las experiencias sobre planificación regional en América Latina. Insistió desde los años ochenta en mostrar -incluso por la vía ontológica- el sentido y limitaciones presentes en el uso de las categorías del espacio y región como conceptos articuladores de semejantes prácticas. Una revisión actual de sus investigaciones siempre refrescantes.

¹⁷ Carol A. Smith, Op. Cit., pp. 66-73.

para la ordenación territorial. La segunda fue una propuesta de F. Perroux de finales de la Segunda Guerra Mundial -de extendido uso en labores de planificación económica-, que sirvió para referirse al espacio económico¹⁸ abstracto. Mientras las *retículas* continuaban moviéndose en un plano bidimensional, con agravantes bien sabidos, los *polos* o *nodos*¹⁹ describen las atracciones o repulsiones existentes entre un sistema económico o socioeconómico. En el espacio económico perrouxiano existen *polos* capaces de difundir sus efectos de atracción al succionar recursos de su entorno, pero también de difundirlos. De esa manera la existencia de dos o más polos en el espacio económico abstracto contribuye a la homogeneización del mismo. Por eso la propuesta insistió en despreocuparse del ámbito territorial concreto-geográfico en el cual se llevaban a cabo las actividades humanas, por tanto los límites territoriales como las fronteras nacionales son concebidas como irrelevantes.

Del lado de la antropología. El interesante trabajo de Guillermo de la Peña (1980) explica la manera en que la cuestión regional se ha venido abordando en México desde la época de Manuel Gamio en el tránsito de la primera década del siglo XX, hasta la aparición de los trabajos de Angel Palerm y Eric Wolf, se perfiló el carácter de una vocación decididamente regionalista en la antropología nacional. Ésta ha rendido incontables frutos, pero todavía no hemos sopesado su alcance a cabalidad. Para acercarnos a sus nociones es prudente recurrir a los influyentes trabajos de Eric Van Young²⁰ en los cuales muestra lo evanescente de la cuestión regional cuando se le vincula con nociones de espacio:

El concepto de región en su forma más útil es ... la espacialización de una relación económica. Una definición funcional muy simple sería la de un espacio geográfico con una frontera que delimita, la cual estaría determinada por el alcance efectivo de algún sistema cuyas partes interactúan más entre sí que con los sistemas externos. Por un lado, la frontera no necesita ser impermeable y, por otro, no es necesariamente congruente con las divisiones políticas o administrativas ²¹

¹⁹ La noción de *nodo* o *polo* indujo maneras distintas de medirlos y de describir su comportamiento empleando flujos financieros, informativos, migratorios, telefónicos, etc. Pero sus resultados poco avanzaron en la reflexión del fenómeno regional, identificado con la dimensión espacial de los fenómenos sociales. Recientemente Manuel Castells (1999) ha ofrecido los resultados de su trabajo en el cual pone el acento en la sociedad red y sus cambiantes expresiones. Para lo cual emplea nociones similares a las de *polo* o *nodo*. El efecto que tendrán sus apreciaciones no las sabemos, pero no nos deja dudas sobre las dificultades teóricas de la compleja comprensión de los procesos sociales contemporáneos.

²⁰ Me gusta su desenfadado y penetrante reflexión. "... las regiones son como el amor -difíciles de describir, pero las conocemos cuando las vemos-. ¿por qué falta una definición sistemática de un concepto tan central para el trabajo histórico sobre México y América Latina en su conjunto, cuando estamos preparados para luchar hasta la muerte sobre ciertas construcciones teóricas, como feudalismo, dependencia y clase social? Yo creo que la razón es suficientemente clara: la mayoría de nosotros sabe lo que es una región: el área que estamos estudiando en ese momento." Young (1991: 99).

²¹ La necesidad de llevar sus argumentos más allá de las meras definiciones conceptuales a la hora de caracterizar los resultados de sus investigaciones enfrenta dificultades insuperables y encontramos

Al parecer él no nos deja muy lejos de donde nos había dejado Luis González. No obstante, introduce otro concepto -como el de espacialización- que habrá de mostrar sus capacidades en la medida en que avancemos la reflexión. El sistema de intercambios se revela, en las sugerencias de Van Young, como el proceso mediante el cual es posible identificar las redes de interconexiones que mantienen unida a una sociedad. Por eso son las relaciones de mercado las que deberíamos de mirar si quisiéramos entender la naturaleza de las regiones geohistóricas.

El espacio concebido como fuerzas geohistóricas es otra de las constantes que habrán de aparecer en los afanosos esfuerzos por aprehender las relaciones espaciales de la sociedad.²² La influyente escuela de los *Annales* comparte concepciones semejantes. En Fernand Braudel²³ encontramos un nutrido repertorio de insistencias, una de las cuales ejemplifica bien la manera en que la geohistoria une el medioambiente a los procesos sociohistóricos:

En el Mediterráneo es el conjunto de rutas de mar y tierra, ligadas entre sí, rutas, que equivale a decir ciudades, y lo mismo las modestas que las medianas y las mayores, todas se agarran de la mano. Rutas y más rutas, es decir, todo un sistema en circulación.

Por ese sistema culmina ante nuestros ojos la comprensión del Mediterráneo, que es, en toda la fuerza del término, un espacio-movimiento. A lo que el espacio próximo, terrestre o marítimo, le aporta y que es la base de su vida cotidiana, el movimiento añade sus dones. Si se precipita, los dones se multiplican y se manifiestan en consecuencia visibles.

Más claro aún resulta Maurice Aymard:²⁴

tipos de regiones tales como: *Olla de presión* -espacio interno relativamente complejo y polarizado-, *embudo* -caracterizado por un grado relativamente bajo de polarización espacial interna-, sistemas similares a los de tipo solar y dendrítico respectivamente. Sin embargo, percibe algo importante: "... la complejidad de las estructuras sociales regionales y la naturaleza de las relaciones de clase estarían influidas fuertemente por las disposiciones espaciales ..." Young, Op. Cit., p. 102. Esta percepción es compartida por Alicia Lindón en sus investigaciones en el Valle de Chalco, en donde el espacio se muestra como un organizador de la vida cotidiana, como ella afirma: "... postulamos cotidianidades en donde la espacialidad empieza a construir la matriz básica y de alguna manera es conformadora de la temporalidad y de la socialidad que está en juego." (2000: 198)

²² Filander Díaz Chávez (1972: 251) al concebir el espacio tensor afirma: "Es en la entidad física del espacio donde se manifiesta materialmente, en obras construidas por el hombre ... la deformación dimensional del paisaje, la estrechez económica del suelo nutricio, la rigidez social híbrida de la obra arquitectónica, producidas por las fuerzas del sometimiento en la erección de su ingeniería. Pero a su vez de manera recíproca, el espacio fatigado reacciona internamente, tanto sobre las aglomeraciones humanas como en los propios elementos y unidades espaciales -puertos, viviendas, fundos, caminos, riegos, etc.-, provocando aumento de tensión -de aquí el adjetivo de tensor -de todo el mecanismo puesto en juego en el aparato geográfico."

²³ Fernand Braudel (1990: 58).

²⁴ Maurice Aymard (Op. Cit., pp. 137-147), con perspicacia percibe la compleja trama de las relaciones espaciales generalizando procesos complejos, delineándonos por dónde enrumbar: "Toda conquista, toda diáspora tiende a repetir en decenas de ejemplares un modelo de sociedad urbana, y a dejar explícito al mismo tiempo lo que estaba implícito. Pequeña o grande, la ciudad es mucho más

Mucho más que al clima, a la geología y al relieve, el Mediterráneo debe su unidad a una red de ciudades y burgos precozmente constituida y notoriamente tenaz: es a su alrededor donde se construye el espacio mediterráneo, y es ella quien lo anima y lo hace vivir ...

Proyección espacial de las relaciones sociales, aparece atravesada y estructurada a la vez por el haz de líneas fronterizas que separan lo profano de lo sagrado, lo público de lo privado, los hombres de las mujeres y la familia de todo lo que le es extraño. Y proporciona una admirable rejilla de lectura ...

Pero en este contexto le corresponde a Pierre Chaunu²⁵ dar la pauta definitiva, con la cual no quedan dudas de la influyente presencia del espacio en sus construcciones sociohistóricas. El espacio se nos muestra como el *kairos* articulador de relaciones humanas, pues incluso la duración se inscribe en el espacio; por eso:

La supremacía que el hombre da al espacio, ésta como otra dimensión -la primera, la más misteriosa es la del tiempo, que la historia se esfuerza por aprehender-, la supremacía del espacio, la desigual distribución de los hombres sobre la tierra, nos enseña esta lección. Por otra parte, esta desigualdad, lejos de atenuarse es fruto del desarrollo...

Nociones como las anteriores son empleadas por científicos sociales para otorgar precisión a su análisis. Por ejemplo, Guillermo de la Peña (1997: 130), al decodificar las nociones de región empleadas por arqueólogos, etnólogos, biólogos, economistas, geógrafos y antropólogos rescata el papel principal de la expresión espacial en la definición de un entramado sociohistórico nacional, revelando con ello una vez más las delgadas líneas de separación nomotética del conocimiento:

La nación es la historia del tejido inextricable de etnia, política, economía y la religión ... es la expresión espacial de tal tejido...

Hasta aquí no hemos hecho otra cosa que develar la importancia del problema y la necesidad de clarificar la sendas de su codificación, no así sus precisiones alternativas. Identificadas tenemos una serie de relaciones conceptuales que expresan saberes distintos y explicaciones del comportamiento de los procesos y fenómenos sociales. Entre ellos destacan: las categorías de espacio y tiempo y los conceptos de región, regionalidad, local, global, espacialidad, fenómenos sociales y procesos sociohistóricos. En términos de J. Derrida (1998: 73), hemos identificado

que la suma de sus casas, de sus monumentos y sus calles, mucho más también que un centro económico o industrial..."

²⁵ Una de las grandes innovaciones de la modernidad -afirma Chaunu- consistió precisamente en la intercomunicación de espacios humanos que se habían desarrollado en total independencia. "Dos fenómenos definen la modernidad: la constitución de un mundo pleno (una insólita densidad de cuarenta habitantes por kilómetro cuadrado) ... la intercomunicación planetaria de los universos-tiempos por el Occidente cristiano: Así pues, se trata de dos modificaciones dentro de la relación del hombre con el espacio." 1985: 203-204.

en nuestro recorrido los límites de la clausura problemática, la frontera antropológica y la demarcación conceptual, ahora nos planteamos la pregunta inevitable, como lo sugiere Alexandre Koyré (1998), cómo pasar del mundo cerrado al universo infinito.

De la precisión conceptual a los acicates de la creatividad

Si bien toda definición implica algún tipo de clausura, definiciones alternativas ofrecen distintas perspectivas de un mismo fenómeno. Por economía de palabras habremos de ocuparnos -como lo hemos anunciado antes-, de la categoría *espacio* buscando alternativas para el análisis de los fenómenos sociales. De paso referiremos el sentido que el resto de conceptos enunciados tienen ligados a éste,²⁶ buscando desde luego el empleo fructífero de la misma.

Las investigaciones de Jean Piaget y Rolando García revelaron que las nociones del espacio están presentes en la psicogénesis del ser humano, por lo que no es de extrañar que temprano iniciemos representaciones de los objetos de nuestro entorno. Pero pese a que tales representaciones han evolucionado lentamente en la historia de la humanidad,²⁷ las ciencias sociales han logrado mantenerse a la zaga. ¿Por qué sostenemos esto? Como se observara anteriormente la introducción de la dimensión espacial ha conferido a sus representaciones las mismas identificadas por Piaget y García en los progresos del niño al otorgar primacía a las relaciones intra, inter y transfigurales.²⁸ Pareciera que los estudiosos de los fenómenos sociales estuviesen buscado tales aspectos en los procesos sociales y sentido al movimiento de las relaciones sociales que analizan. Sentido que no sólo refiere tendencias sino que es capaz de incluir las contingencias geomorfológicas de las transformaciones sociales.

²⁶ No se ignora la importancia del *tiempo* como categoría influyente en la evolución de los procesos sociohistóricos, pero hemos prescindido de ella de momento porque ambas reclaman atención por separado para poderlos tratar unificadamente en lo que ya ha sido acuñado como espaciotemporalidad, adelantando un concepto híbrido que exige aparentemente menos explicaciones. Sin embargo, en ese sentido es prudente revisar el trabajo de Guadalupe Valencia incluido en esta obra, así mismo como los que nos legaran Ilya Prigogine (1998) e Immanuel Wallerstein (1999).

²⁷ Jean Piaget, Rolando García (1998: 104-107). “La diferencia conceptual que separa a Euclides y Pappo, Viety, Snellius, y aun Descartes y Pascal, de los geómetras del siglo XIX está determinada por la ausencia, entre los primeros, del instrumento operativo esencial: las transformaciones ... Pero durante ese largo periodo dicho instrumento se aplica solamente a extender los conocimientos sobre las propiedades de las curvas y de las figuras sin modificar esencialmente el punto de vista de dichas propiedades. Ni la geometría analítica, ni el análisis, lograron producir esa modificación ... Desde el punto de vista de la concepción de la geometría, tanto Descartes como Newton pertenecen a la tradición griega, aunque sus métodos los rebasen en mucho.”

²⁸ El análisis regional ha empleado tales distinciones frecuentemente para destacar aspectos intra, inter y transregionales, logrando imprimir a sus trabajos fuertes dosis de mecanicismo. El movimiento de los procesos sociales cede lugar así a la representación gráfica bidimensional y desdibuja el objeto de su atención. Las soluciones que preceden a los diagnósticos, instrumentados en planes y programas, generalmente no derivan de estos sino de su representación física o si se quiere espacial, para no contrariar el entendimiento. Sobre la importancia de la significación epistemológica en este sentido ver a J. Piaget, R. García, Op Cit., pp.106-107.

El señalamiento es pertinente debido a que en las nociones del espacio dominantes en las ciencias sociales todavía persiste la noción del espacio como continente o receptáculo de todo lo viviente. Pero no sólo eso, dicho espacio es con frecuencia orientado por un lugar y éste tiende a centralizar las relaciones sociales históricamente determinadas, en las cuales las distancias juegan un papel crucial. Así lo describen Jean Piaget y Rolando García:

Esta no conservación inicial de las longitudes nos conduce a examinar más de cerca las fronteras entre las relaciones interfigurales y las transfigurales, es decir, entre el nivel examinado aquí y aquel en que las entidades geométricas serán objeto de transformaciones estructurales a la vez. Recordemos que la construcción de las coordenadas cartesianas abrió históricamente, de manera inmediata, la posibilidad de estudiar las curvas algebraicas correspondientes a los polinomios, así como la solución geométrica de las ecuaciones del álgebra. Por tal razón, sólo habremos de comenzar el periodo de las relaciones transfigurales a partir del momento en que intervienen transformaciones en el seno de las estructuras totales algebraico-geométricas, y no en el interior de las figuras simples, y donde el “espacio” en tanto continente general, cede lugar a esas estructuras múltiples, coordinables entre sí pero bien diferenciadas.

Debido a que la preocupación de los científicos sociales se localiza en el comportamiento de los procesos sociohistóricos, el interés habrá de orientarse hacia las relaciones de tales procesos, tanto como en sus expresiones. Por ello importan los puntos de vista que revelan las posiciones y distancias del sujeto respecto al o los objetos. ¿Cómo superar aquí la actitud cognoscitiva en la que el sujeto comienza por comprobar los resultados, sin comprenderlos ligados a transformaciones sistemáticas, como suele presentarse la concepción del espacio en las ciencias nomotéticas tradicionales? La geografía se ha servido, más que ninguna otra ciencia de las representaciones geométricas y por esa vía historiadores y economistas²⁹ recibieron todo ese bagaje sin apenas cuestionarlo e innovarlo. La teoría de los lugares centrales³⁰ es tal vez el ejemplo más claro de este ensamblaje tecnológico, veamos cómo actúan tales procedimientos simplificando las labores metodológicas del analista siguiendo a Piaget y García³¹ :

El mecanismo de ... construcciones espaciales sucesivas es entonces de una gran simplicidad aunque se presenta bajo tres aspectos diferentes y correlativos. El primero es el pasaje de los sistemas elementales -puesto que las relaciones intrafigurales constituyen ya sistemas, diferentes para cada figura-, a sistemas totales susceptibles de englobarlos no ya solamente a título de clases, sino de continentes continuos, lo cual es propio de un sistema

²⁹ La escuela de regionalistas norteamericanos fue generosa en sus usos, como lo muestra la obra de Walter Izard (1975).

³⁰ Vease el trabajo de Carol A. Smith (1991: 37-98), en el cual hace una exposición de dichas teorías. Ella plasma gráficamente la manera en que fueron descritas por sus autores inicialmente.

³¹ Op. Cit., pp. 123-124.

espacial. Esto va seguido por el pasaje de dichos sistemas totales a coordinaciones de sistemas que ya no están caracterizados por relaciones de continente a contenido o por transformaciones sucesivas, sino por composiciones que vinculan, en un mismo acto, conexiones distintas entre sí. El segundo aspecto de este mecanismo constructivo indisoluble del precedente: es el pasaje de las relaciones figurales a relaciones más abstractas en la medida que constituyen relaciones de relaciones de diversos grados, como las proporciones ... Esta elaboración de relaciones complejas comienza ciertamente desde el dominio transfigural, pero cuanto más elevado es el rango del sistema a construir, tanto más las conexiones en juego se alejan de lo espacial puro para combinarse con el cálculo lógico-aritmético, preludio de un álgebra general: desde que comienzan a manejarse coordenadas ortogonales en el plano, un punto se traduce por un par de longitudes expresadas en números, y dobles sistemas de coordenadas exigen una lógica de relaciones.

Los mecanismos de la percepción del espacio influenciados por semejantes concepciones ofrecen ya un número considerable de ejemplos expuestos por el análisis regional, sobre todo los realizados por economistas, geógrafos, historiadores y urbanólogos.

El espacio constituye -según Piaget y García,³² desde sus formas más primitivas, el punto fundamental de encuentro entre las actividades del sujeto y los caracteres del objeto. Es natural entonces que la diferenciación progresiva (y muy lenta) entre las construcciones lógico-aritméticas y los conocimientos físicos priva al espacio de este privilegio exclusivo y lo somete a transformaciones que llegan finalmente a las dos exigencias complementarias y bipolares de una algebraización y de una fisicalización ... Esto no significa ... que las estructuras espaciales pierden su papel mediador entre el sujeto y los objetos, sino solamente que no serán las únicas en desempeñar ese papel por el hecho de que los conocimientos ya no se concentrarán exclusivamente en los objetos exteriores.

La percepción del espacio como exterioridad acepta limitadas posibilidades de asimilación y por ende de traducción. Por eso si se le concibe como relaciones de flujos de diversa índole, es posible disponerlos en forma vectorial³³ a partir de un lugar privilegiado y central, se puede decidir su orientación tanto desde el punto de vista físico-geográfico, como político-ideológico, religioso-cultural, etc. Pero con ello no se superan los frecuentes mecanicismos, ni laxitudes en el uso categorial del

³² Para ellos el espacio es: "... a la vez una propiedad de los objetos y un producto de las construcciones posibles del sujeto, y esto constituye un factor que favorece lo exógeno, puesto que un sujeto que construye figuras ... imagina en general estarse conectando con realidades preexistentes, mucho más que estarse refiriendo a transformaciones sobre entidades abstractas libremente elegidas ..." Ibidem, pp. 129-130

³³ Serres (1996:20) advierte con claridad: "... la noción de espacio vectorial me impone el olvido de toda una historia, vista desde ese momento como ennegrecimiento de todo pensamiento lúcido."

espacio. La noción de continente, como señala Michel Serres, no se muestra muy confiable:

... un continente oculta y protege mal un contenido desde el momento que los separa a uno de otro. La distinción hace la mitad del trabajo de eclosión y la designación ... del lugar preciso en donde yace, allí, el tesoro excluye casi todo el resto.³⁴

Nos resistimos a reducir la complejidad sociohistórica a esquematismos simplificantes. ¿Cómo organizar entonces el conocimiento de la llamada dimensión espacial? Por supuesto que el lugar importa como *kairos*, pero no sólo como recipiente, sino en su íntima relación con los procesos sociales y naturales³⁵ en movimiento, incapaz de vitrificar o congelar al espacio, dejando fluir las vidas, los procesos. Siguiendo a Serres habremos de tener presente algo más:

ese lugar, ese ahí, esa localidad, invadida o prohibida, demanda, para ser, una definición; nada de territorio sin fronteras, sin bordes más allá: islas terminadas por el agua, bañando sus costas; lago acuoso fluctuando en el cerramiento, a menudo poroso, de sus riberas; mar y océano, olas rodeadas por el recorte fractal de sus orillas; hoguera o brasero, nudos de llamas vibrando por las ondas flotantes del aire; turbulencias aéreas, conjuntos imprecisos perturbando los márgenes de los fluidos vecinos.³⁶

Si como señala Pierre Chaunu³⁷ -citando a Paul Vidal de La Blanche-, “los hombres no se extendieron sobre la tierra a la manera de una mancha de aceite; primitivamente, se agruparon como hormigas.” Tal vez convenga aceptar de una vez por todas que -en aras de romper la crisálida categorial aludida- las relaciones entre los seres humanos y su entorno medioambiental se extienden territorialmente mostrándonos su espacialidad a través del tiempo. Si nuestra premisa fuese cierta o por lo menos con una gran dosis de verificabilidad habría que sustituir el uso de

³⁴ Serres, Op. Cit., pp. 75-76. Él también nos ofrece la precisión: “Definida a veces por *óptimum* o *máximum*, la circunferencia dibuja, además, un excelente esquema de aristocracia. Residiendo el poder en el centro, los mejores se agrupan según la mejor forma alrededor del foco: una curva de escucha, de visión óptima para quienes se alinean en su obra y dan la espalda a quienes no están ahí; foco que define un punto de difusión, un interior y un exterior, comparativos admirablemente expresivos, una pertenencia y una cuarentena, un conjunto de iguales -superiores-, interiores y el complementario de aquellos que, fuera, errantes por el espacio vago, permanecen excluidos.” Ibidem, pp. 104-105.

³⁵ “Los modelos de cultura y conocimiento se basan en procesos históricos, lingüísticos y culturales que, aunque nunca están aislados de las historias más amplias, sin embargo, retienen cierta especificidad de lugar. Mucho de los aspectos del mundo natural se colocan en lugares. Además, muchos de los mecanismos y prácticas en juego en las construcciones de la naturaleza -líderes, clarificaciones, representaciones, aprehensiones cognitivas y relaciones espaciales- son significativamente específicas de lugar.” Alejandro Moreno, Op. Cit., pp.172-173

³⁶ Ibidem, pp.65-66.

³⁷ Pierre Chaunu, Op. Cit., p. 205.

nuestras categorías de *espacio* por un concepto más flexible como el de *espacialidad* teniendo presente la propuesta de Benedetto Croce :³⁸

el concepto de espacio es dado como constituido por tres dimensiones; pero la realidad no ofrece un espacio constituido así, es decir, la pensabilidad, la intuitividad en general, la extensión viva y orgánica, no mecánica y agregada, cuyo carácter no es tener tres dimensiones (una, dos, tres) sino tener espacialidad, donde en una están todas las demás dimensiones.

El concepto de espacialidad³⁹ se muestra más apropiado y potente para la aprehensión, comprensión y descripción de los procesos sociales que se despliegan en ámbitos medioambientales concretos. Lo cual permite asimilar la complejidad social sin menoscabo de ataduras conceptuales garantes de clausuras epistemológicas que obligan a girar en redondo dejando sin opciones la creatividad teórico-empírica y transformacional.

Hasta aquí hemos planteado el problema y precisado la manera en que podemos evitar seguir contribuyendo a sembrar la confusión conceptual, pero no hemos dicho nada respecto a cómo hacerlo. Esto es, ¿cómo resolver metodológicamente la construcción del conocimiento estructurado a partir de una modificación conceptual sustantiva de la categoría de espacio? ¿es posible optar por una construcción intelectual descolonizante de tal categoría? ¿cómo proceder?

La simple sustitución de la categoría de espacio por el concepto de espacialidad no es una solución consistente. Sin ignorar la manera en la cual los conceptos se construyen y sin clausurar las posibilidades de correcciones posteriores, habría que dejar claro que lo que distingue a la categoría de *espacio* del concepto de *espacialidad*, son sus niveles de abstracción, pero ante todo sus incidencias en el pensamiento y los actos. Mientras que la primera es extensa y permea distintas construcciones intelectuales, la segunda revela su intensidad en los sujetos y procesos, aterrizándolos, humanizándolos. Así, en aras de dar cabida a la aprehensión de los fenómenos sociales en su complejidad y movimiento, habría que aceptar por principio que dada la gran cantidad de evidencias disponibles los procesos poseen extensión e intensidad cambiantes. Pero también evidencian variaciones en su orientación y le son inherentes las propiedades de reversibilidad e irreversibilidad. Si a esto agregamos la presencia de múltiples relaciones entre los fenómenos sociales y naturales, tendríamos en consecuencia una primera corrección aceptable.

³⁸ 1980: 262-263.

³⁹ “la espacialidad social no puede reducirse a una espacialidad física, como tampoco puede hacerse a lo exclusivamente social, sin vinculación con determinaciones (procesos) naturales.” J. L. Coraggio, Op. Cit., p 42.

Las nociones nomotéticas⁴⁰ que han mantenido encapsuladas a las ciencias sociales y limitado el desempeño de los científicos sociales forzando la ontologización de su quehacer, son insumables. Y tan lo son que la solución ofrecida por la inter, trans y multidisciplinaria -como mecanismo *ad hoc* impulsado por la colonialidad del saber-, a la solución de tales encapsulamientos, ha sido incapaz de trascender los presupuestos epistemológicos de cada una de las disciplinas involucradas en proyectos de ese tipo. La ruta propuesta que acompaña a ésta solución ha cifrado sus esfuerzos en la búsqueda de la esencialidad⁴¹ de los fenómenos en ámbitos concretos, pero ha funcionado como otra forma de ontologización en la construcción del conocimiento.

En este momento caben otras reflexiones que contribuirán a dar coherencia a nuestra propuesta. Una de ellas es la ofrecida por I. Wallerstein y otra la proveniente de la teoría de sistemas. Respecto a lo que tanto ha preocupado a los estudios de los fenómenos regionales, la delimitación territorial, expresión misma del espacio -según los usos y costumbres-, es necesario tener en consideración que la espacialidad de los procesos sociales se mueve a través del tiempo describiendo territorialidades distintas.

I. Wallerstein, después de referirse a las revueltas que están ocurriendo en Israel, Palestina, Gaza y la Ribera Occidental, se pregunta si están sucediendo allí o en el espacio más grande que denominamos Oriente Medio. No conforme con eso nos traslada a otra zona conflictiva del pasado en la cual los límites del espacio no son más claros, como fue la conflictiva posesión española y rebelión de los Países Bajos en el siglo XVI.⁴² ¿Cuál es su aporte? Él busca estructuras en los sistemas, ciclos temporales y espacialidades correspondientes y por eso adoptando las nociones braudelianas del tiempo -tiempo coyuntural o ideológico, tiempo de largo plazo o estructural y tiempo eterno o de los sabios-, identifica espacios en correspondencia. Sin embargo, dado que el espacio y tiempo son inherentes al comportamiento de los procesos sociales la solución es unirlos en un nuevo concepto: *espaciotiempo* o *tiempoespacio*; ello le permite introducir el concepto centro-periferia como solución metodológico-analítica.

⁴⁰ “Los dos polos antitéticos -afirma I. Wallerstein (1999:152-153)-, la historia ideográfica y las ciencias sociales nomotéticas son en realidad una sola postura intelectual puesto que sólo son dos maneras de tratar de escapar de las limitaciones de la realidad histórica ... ¿Y qué es esta realidad histórica? Es la realidad de la serie de estructuras que son duraderas pero no eternas (lo que yo denominaría sistemas históricos), pero que funcionan en patrones (patrones cíclicos), pero también tienen un lento continuo de transformaciones (tendencias seculares)...”

⁴¹ “ Quizás en los análisis de Dirlik -dice Moreno (2000: 178-179)- son más fundamentales las consecuencias del abandono del lugar, por categorías actuales del análisis social tal como clase, género y raza (y deberíamos añadir aquí, el medio ambiente), que hacen que dichas categorías sean susceptibles de convertirse en instrumentos de hegemonía. En la medida en que han sido significativamente escindidas del lugar en “el frenesí de la globalización” de las “identidades desterritorializadas” -y en muchos discursos eso privilegia los viajes, la movilidad, el desplazamiento y la diáspora- las nociones contemporáneas de la cultura no logran escapar a este aprieto, porque tienden a asumir la existencia de una fuerza global a la cual lo local está necesariamente subordinado...”

⁴² I. Wallerstein, Op. Cit., pp. 153-155. La misma percepción nos ofrece Göran Therborn (1999: 117-186).

Aún cuando las nociones de tiempo braudelianas se erigen como apropiadas -por lo menos las dos primeras- para la aprehensión de los procesos sociales, las correspondientes del espacio no lo son tanto. Como tampoco lo es el saber que el espacio eterno es el lugar donde predicen los sabios, por más bella que nos resulte la metáfora. La espacialidad de los fenómenos sociales asimila, acepta distintas temporalidades y por supuesto la identificación de estructuras o coyunturas, sistemas y relaciones diversas de los sujetos, lo que lo torna más potente y apropiado en la construcción de realidades que el espacio. Respecto a la figura centro-periferia, que fue muy útil en su tiempo, no supera los mecanicismos señalados anteriormente. Si recordamos la definición de M. Serres⁴³ respecto al centro y las exclusiones en él contenidas por más que podamos identificar periferias o semiperiferias y gradaciones estructurales en el sistema mundo capitalista, con ello no se superan las dosis de mecanicismo implicado.

Al plantear este pequeño modelo de cinco tipos de TiempoEspacio -TiempoEspacio episódico y geopolítico, TiempoEspacio coyuntural, estructural, TiempoEspacio eterno y TiempoEspacio transformacional-, no he ofrecido un libro para colorear con instrucciones sobre cuál crayola utilizar. Más bien he sugerido que comencemos el difícilísimo e inquietante camino de cuestionar una de las bases de nuestra inteligencia: nuestra certidumbre sobre el espacio y el tiempo. Al final del camino no se encuentra la simplicidad sino la complejidad, pero nuestros sistemas sociales geohistóricos son los más complejos del universo.⁴⁴

La estructura y complejidad que acompañan a las nociones e importancia del lugar, abstraído por la geometría, matematizado por el análisis y empleado por la geohistoria reclaman algunos añadidos más.⁴⁵ La estructura definida como un

⁴³ “¿Pueden las ubicaciones espaciales (en el sentido del espacio geopolítico inmediato) con el tiempo cambiar de ubicación en el espacio ideológico, manteniendo -en vez de socavando-, el espacio estructural? Claro que sí, lo llamamos el “amanecer y el ocaso de las naciones” y desde luego podemos analizarlo valiéndonos de los conceptos de espacio estructural... el centro y la periferia no son la totalidad de los conceptos. Es también el controvertido concepto de semiperiferia como una ubicación continua en el espacio estructural de la economía-mundo capitalista.”Ibidem, p. 158.

⁴⁴ Ibidem, p. 163.

⁴⁵ Algunas aclaraciones son necesarias. Sirviéndonos una vez más del trabajo de Alejandro Moreno (Ibidem:178), apreciamos la importancia del lugar de manera incuestionable: “... el lugar y la conciencia basada en el lugar han sido marginalizadas en los debates de lo local y lo global. Esto es doblemente lamentable porque, por un lado, el lugar es central al tema del desarrollo, la cultura y el medio ambiente, y es igualmente esencial, por otro, para imaginar otros contextos para pensar acerca de la construcción de la política, el conocimiento y la identidad. La desaparición del lugar es un reflejo de la asimetría existente entre lo global y lo local en la mayor parte de la literatura contemporánea sobre la globalización, en la que lo global está asociado al espacio, al capital, la historia y la acción humana, mientras lo local, por el contrario, es vinculado al lugar, al trabajo y las tradiciones, así como sucede con las mujeres, las minorías, los pobres y uno podría añadir, las culturas locales.” Esta misma situación es corroborada por Alicia Lindón(2000: 187-209), en su investigación sobre la práctica del “trabajar/residir”, específicamente cuando afirma: “Esta espacialidad del trabajar tiene una multitud de conexiones en la cotidianeidad, que se van encadenando unas con otras para conformar particulares “tramas de la cotidianeidad”, que al

conjunto de relaciones -de acuerdo con Rolando García- dentro de un sistema que se mantiene en condiciones estacionarias mediante procesos dinámicos de regulación, encierra dificultades para su construcción derivadas de la necesidad de articular procesos heterogéneos en escalas espaciotemporales diversas.

Esta peculiaridad de los fenómenos sociales no nos conduce todavía a solucionar el *cómo* a pesar de que hemos adelantado algunas precisiones. Es necesario ir más allá, hacernos de una noción clara de los sistemas⁴⁶ para poderlos identificar con nuestras cambiantes lentes teórico-empíricas. Algunas alternativas las ofrecen los trabajos del grupo nucleado por Santiago Ramírez.⁴⁷ De acuerdo con Pedro Miramontes⁴⁸ es posible identificar sistemas complejos a partir de sus propiedades: la de frustración, referida a las relaciones conflictivas entre los elementos que los componen; la de simetría, que alude a la aparición de estructuras y patrones espaciotemporales, anisotropías -posibilidades analíticas en varias direcciones de un mismo objeto-, y direcciones preferenciales; criticalidad autoorganizada, inherente al crecimiento de la incertidumbre, debido a fluctuaciones de todos tamaños; fractabilidad, relacionada con la presencia de estructuras discernibles a cualesquier escala y sus fluctuaciones; estados cuantitativamente equivalentes, pero cualitativamente distintos y por último propiedades emergentes, resultado de procesos en paralelo.

Con Guy Duval⁴⁹ coinciden un número importante de los aportes señalados. Los sistemas como totalidad organizada no son reductibles a la yuxtaposición de procesos heterogéneos, es decir son insumables. Si bien lo sabemos, ¿cómo organizar el trabajo intelectual que nos lleve a la identificación, análisis y caracterización de sistemas complejos como los que hemos venido aludiendo? Él ofrece una propuesta alentadora:

La organización alude a la arquitectura de la complejidad. Se pueden concebir maneras de organizar el objeto de estudio, tales que sus partes y niveles resulten evidentes ... (matrioskas). Pero el sistema complejo admite otro tipo de organización que establece niveles jerárquicos evidentes.

reiterarse van constituyendo “nuevos modos de vida” o al menos, peculiares modos de vida dentro de la ciudad.”

⁴⁶ “ Los sistemas son las cosas más los procesos. Consecuentemente un sistema consta de una base material y de un conjunto de relaciones entre los objetos que lo constituyen... un sistema puede reconocerse por propiedades de interacción de sus elementos que definen una relación entre ellos, que los identifica y delimita del resto.” Pedro Miramontes (1999: 72).

⁴⁷ La obra coordinada por Santiago Ramírez (1999) ofrece una buena síntesis de las teorías de sistemas, proporcionando sugerentes propuestas para la identificación de sistemas complejos, así como aspectos relacionados con la identificación de los mismos y su caracterización. Toda una gama de posibilidades abiertas a la creatividad.

⁴⁸ Pedro Miramontes (Op. Cit., pp. 74-79), apunta: “El enfoque estadístico no genera conocimiento, los sistemas deben analizarse como sistemas complejos.” Aquí la obra de Edgard Morin (1998) se abre paso a zancadas.

⁴⁹ Guy Duval (1999: 66). “La realidad no está dividida en disciplinas, pero sí se caracteriza por abarcar elementos que pertenecen al dominio de diversas disciplinas. Esa consideración obliga a recurrir a la interdisciplinariedad en el estudio de sistemas complejos” Al parecer de momento no tenemos otra alternativa que recurrir a eso, pero también -por imposible que parezca ahora-, la posibilidad de un pensamiento mejor dotado, capaz de interiorizar una mayor gama de conocimientos tampoco está cancelada en el futuro.

Incorpora la estratificación de los mecanismos que directa o indirectamente determinan el funcionamiento del sistema. Éstos se distribuyen en niveles diferenciados, cada uno con su dinámica propia. Los niveles así concebidos son semiautónomos en relación con otro y pueden ser estudiados por separado. Sus interacciones determinan las condiciones de contorno de cada uno.

La sugerencia de Duval es de hecho inseparable de la espacialidad de los procesos sociales geohistóricos, como lo proponen Immanuel Wallerstein, Goran Therbörn, Pierre Chaunu, Fernand Braudel, Alejandro Moreno, Edgardo Lander, Anibal Quijano, Walter D. Mignolo, Fernando Coronil, Hugo Zemelman y otros más. Semejantes evidencias coincidentes deben conducirnos aceptar con el mismo Duval⁵⁰ que:

La visión de la realidad como sistema complejo obliga a rebasar la descripción o explicación de una fase estacionaria de cualquier proceso y a verla en su evolución. Al hablar de estructuras de sistemas, hemos insistido en que las relaciones del sistema no son propiedades permanentes del mismo. Además de provenir de las características del sistema, derivan de la historia evolutiva de éste, historia que es regulada por la interdefinibilidad...

La dinámica de los procesos sociales, ya lo hemos dicho, se extiende espacialmente en el tiempo en el que es posible encontrar patrones de comportamiento, por ejemplo en lo que Eduardo Subirats (1994:30) denomina “lógica de la colonización” o Alejandra Moreno y Florescano identificaron como “la influencia externa en la articulación regional”, pero de manera más clara aun, como recientemente lo han destacado I. Wallerstein, Samir Amin, y Manuel Castells.⁵¹ Los sistemas son capaces de crear organizaciones espaciales emergentes⁵² donde no las había, en consonancia o ruptura con los procesos locales y globales más generales.

Aún tenemos algunos pendientes, uno de ellos es el referido al concepto de *lugar* y otro al de *centro* que hemos venido criticando. Respecto a la noción de *lugar*, que responde al *dónde* de los procesos sociales, habría que atenerse a la definición de Manuel Castells que lo concibe *como una localidad cuya forma, función y significado se contiene dentro de las fronteras de la contigüidad física. Y*

⁵⁰ G. Duval, Op. Cit., p. 67. Al respecto José Luis Gutiérrez Sánchez (1999: 95) apunala el sentido de la propuesta de la teoría de sistemas: “... se supera ese nivel primario del conocimiento que es la descripción de lo observado: se comprende lo que ocurre, se le explica como una consecuencia de las fuerzas presentes en el sistema y, gracias a ello, se tiene la posibilidad de transformarlo.”

⁵¹ “La nueva economía global y la sociedad informacional emergente presentan una nueva forma espacial, que se desarrolla en una variedad de contextos sociales y geográficos: las megaciudades...” M. Castells, Op. Cit., pp. 436-437. Pero, ¿no es acaso cierto que las megaciudades existían antes de las declaratorias de la globalización neoliberal y las prácticas informacionales?

⁵² La propiedad geométrica de autosimilitud - de acuerdo con Octavio Miramontes (1999: 89)- es observable en la transformación de un no-imán en un imán, momento en el cual existen regiones de imantación norte-sur en cada uno de los polos. También es perceptible en los procesos sociales heterogéneos por excelencia.

con ello no estamos regresando a la concreción del espacio como continente, antes bien aceptamos que el *allí* es resultado de interacciones sociales estructuradas, construidas históricamente. Lo cual tampoco contradice la concepción de M. Serres,⁵³ ni lo reduce a la idea de *terruño, de lugar central, nodo, polo o vector*. Sin embargo, la idea de centro es recuperable en su propia acepción:

El punto central puede definirse ... como la interacción indivisible de todas las direcciones y de los mundos alrededor y la reunión abigarrada de todos los elementos. Sólo para él la palabra significa ... justamente lo uno y lo múltiple, lo uno por su sentido espacial, interacción central, y lo otro, reunión, por raíces lingüísticas ocultas; ambas, en fin aparecen en geometría.⁵⁴

Esta concepción también brega en contra del mecanicismo plasmado en la teoría de *los lugares centrales*, otorgándole una peculiaridad más dinámica y realista. La idea de sustituir el uso de la categoría *espacio* por la de *espacialidad* no es trivial ni descabellada si empleamos las nociones procesales de la teoría de sistemas complejos, en la aprehensión de los fenómenos sociohistóricos. Ello permite integrar aquí la propuesta metodológica de J. L. Coraggio (1994: 63) que sugiere tomar en cuenta la compleja trama de los determinismos de distinto orden; la articulación de las categorías sociales y naturales; el carácter histórico de las articulaciones y consecuentemente las conexiones establecidas. Conjunto de relaciones que no entran en contradicción con el empleo del instrumental ideado para la representación geohistórica, aunque si invita a despojarlo de todos los mecanicismos⁵⁵ expresados en los usos y abusos del mapa por el mapa mismo como evidencia de objetividad. Sin embargo, los mismos medios pueden ser empleados para referirnos a la extensión de los procesos sociales en movimiento. Pero también para expresar la asimilación de la territorialidad⁵⁶ como expresión de la espacialidad,

⁵³ “No cesamos de repasar la genealogía de los lugares: cosmos, polis, ágora, templo, habitat ... De estas formas ... ¿se escondió primero el plano y seguidamente su evaluación? ¿por qué ya no podemos ver el plano cuando se nos da de perfil y no adivinamos el perfil cuando se os hace ver el plano? ¿Quién se engaña y quién engaña? ¿La historia tal cual es o la historia tal como se escribe? M. Serres, Op. Cit., p 112.

⁵⁴ Ibidem, p. 119.

⁵⁵ El pensamiento mecánico como todo intento de aislar un sistema y considerarlo independiente del universo en su intencionalidad exhibe sus límites. Los sistemas dinámicos en cambio nunca son estables. No obstante “... si no hubiese estabilidad el mundo cambiaría de continuo, por lo que no podría existir ninguna organización estable de las estructuras, por ejemplo las estructuras biológicas. Por lo tanto la irreversibilidad es un factor muy relevante ... los fenómenos irreversibles conducen a nuevas estructuras y, desde el momento en que aparecen nuevas estructuras como consecuencia de la irreversibilidad, ya no está permitido creer que somos los responsables de la aparición de la perspectiva del antes y del después ...” Ilya Prigogine, Op. Cit., pp. 82-83. Lo cual significa que los procesos y sistemas con tales características son aprehensibles, cualificables, modificables, construibles.

⁵⁶ De acuerdo con Robert D. Sack (1997: 196-197): “La territorialidad específica es una estrategia que establece diferentes vías de acceso para disponer de la gente, de los recursos y de su interrelación. Es una alternativa de acción siempre *no territorial* y que requiere de acciones de control territorial como respaldo ... Tanto las fronteras de un territorio específico como los medios para traspasarlas son alterables ...”

si aceptamos que aquella no es otra cosa que el control de un área por un grupo con influencias en el medioambiente como sucedió siempre que se organizaba una guerra por ejemplo.⁵⁷

En este momento -en el cual la construcción metodológica reclama exactitud-, los acertijos se transparentan y al tejido muestra sus hilos con más claridad. La recomendación de Sergio Bagú,⁵⁸ tiende a erigirse imprescindible a la hora de organizar del conocimiento en las ciencias sociales y aprehender los diversos sentidos de la espacialidad:

Hay tres procesos que van conformando la realidad del sistema en las sociedades humanas. Uno es la integración de los elementos que caracterizan al sistema. Un segundo proceso es la fijación de los límites físicos del sistema. El tercero es la penetración del tiempo en el sistema y, por tanto, en todas las estructuras subordinadas correspondientes.

Bagú nos ha dejado innumerables muestras -en su obra escrita que no vamos a referir en este momento- que tal procedimiento tiene aplicaciones prácticas. Las precisiones que ahora hace coinciden como piezas de un rompecabezas ordenado, con los descubrimientos de Piaget y García sobre la psicogénesis de las estructuras geométricas, comprobando su consistencia epistemológica y teórica con Serres, Chaunu, Duby, Aymard, Ramírez, De la Peña, Wallerstein y otros más. Todo ello unido a los aportes de Alejandro Moreno, otorgan sentido y concreción a la necesidad de sustituir el concepto de espacialidad por la categoría de espacio en la investigación sociohistórica. En sus palabras:

Será necesario, sin embargo, extender la investigación hacia el lugar, para considerar cuestiones más amplias, tales como la relación del lugar con economías regionales y transnacionales; el lugar y las relaciones sociales; el lugar y la identidad; el lugar y los linderos y los cruces de fronteras, lo híbrido, y el impacto de la tecnología digital, particularmente el Internet, en el lugar. ¿Cuáles son los cambios que se dan en lugares precisos como resultado de la globalización? Al contrario, ¿cuáles formas nuevas de pensar

⁵⁷ "Hablar de activar lugares, naturalezas y conocimientos locales en contra de las tendencias imperiales del espacio, el capitalismo y la modernidad no es una operación *deus ex machina*, sino una manera de ir más allá del realismo crónico fomentado por modos establecidos de análisis. Sin duda los lugares y las localidades entran en la política de la mercantilización de bienes y la masificación cultural, pero el conocimiento del lugar y la identidad pueden contribuir a producir diferentes significados -de economía, naturaleza y de ellos mismos- dentro de las condiciones del capitalismo y la modernidad que lo rodean. Las esferas ecológicas públicas alternativas pueden abrirse de esta manera en contra de las ecologías imperialistas de la naturaleza y la identidad de la modernidad capitalista." A. Moreno, Ibidem, p. 191

⁵⁸ "El analista debe comenzar precisando la especificidad del sistema, es decir, aquello que lo distingue sustantivamente de otros sistemas o de otros modos de macroorganización. Para que haya sistema sus elementos deben estar orgánicamente integrados. Aquí sigue vigente el concepto básico de estructura, que en las ciencias sociales, constituyó una preocupación importante, sobre todo desde 1945. La conjunción de los elementos del sistema debe crear una realidad distinta y esos elementos -de acuerdo con el concepto aceptado de estructura- desempeñan funciones, dentro del sistema, que cesan o cambian de sentido fuera de él." Sergio Bagú (1997: 147-148).

el mundo emergen de lugares como resultado del tal encuentro? ¿Cómo podemos comprender las relaciones entre las dimensiones biofísicas, culturales y económicas de los lugares?⁵⁹

Visto desde el ángulo de los sistemas, los procesos y los lugares, no parece haber dificultad para asegurarnos la interiorización del concepto de espacialidad como sustituto de la categoría *espacio*. Pero desde el lado del sujeto actuante y cognoscente, la espacialidad se revela aún más apropiada para superar todo género de esencialidades de pretensiones universalistas, objetivantes y hegemónicas. Siendo algunas de ellas las propuestas de ecólogos, políticos y psicólogos ambientalistas. La de los primeros se ajusta a los siguientes términos:

la construcción de paradigmas alternativos de producción, órdenes políticos, y sustentabilidad son aspectos de un mismo proceso, y este proceso es impulsado en parte por la política cultural de los movimientos sociales y las comunidades en la defensa de sus modos de naturaleza/cultura. Es así como el proyecto de movimientos sociales constituye una expresión concreta de la búsqueda de órdenes alternativos de producción y ambientales...⁶⁰

Los psicólogos ambientalistas por su parte confieren importancia relevante al manejo de herramientas del ecosistema sustentadas en el lugar:

Al ver los ecosistemas como lugares socialmente contruidos, concluyen que “el centro del manejo de los ecosistemas es el de guiar las decisiones que afectan un lugar usando un conocimiento abundante de su historia natural y cultura” ... Igualmente, “las decisiones sobre lo recursos deberían ser guiadas por una comprensión de todos los procesos sociales que definen estructuran y alteran el significado de los paisajes” ... La perspectiva del lugar también nos permite dar contenido etnográfico a la noción del “ecologismo de los pobres” ... es decir la resistencia cultural de muchas comunidades pobres a la valorización capitalista de su ambiente.

Algunos ejemplo tal vez ayuden a prefigurar las ventajas del concepto de espacialidad a la hora de dar concreción al *cómo*, que es hacia donde hemos orientado nuestra reflexión. En todo el continente americano la expansión europea fue cristalizando y subordinando procesos sociales y vidas, en algunos lugares con mayor intensidad que en otros hasta integrarlos al funcionamiento del sistema,

⁵⁹ A. Moreno, Ibidem, p. 181

⁶⁰ Ibidem, pp. 186-188. Al respecto la propuesta zemelmaniana en torno al papel del sujeto constructor de conocimientos y la búsqueda de potencialidades transformadoras, se une aquí como anillo al dedo posibilitando ejemplificar el papel transformador y liberador del sujeto cognoscente: “el propósito de la discusión epistemológica es plantear la posibilidad de liberación del hombre desde la misma capacidad de protagonismo, en vez de hacerlo en términos de metadiscursos de liberación, si bien no desconocemos el papel de éstos en la configuración de un sentido de emancipación. Pero nos preocupa más dar cuenta de los desafíos de lo que está por darse, que también es parte del mundo y de la vida del hombre. Tales desafíos surgen de la conjugación de lo que se sabe, pero también de una necesidad de saber qué brota de lo inacabado de la realidad.” Hugo Zemelman (1997: 53).

describiendo cierta espacialidad que fue dejando huellas que al paso del tiempo se fueron haciendo evidentes por familiares, como parte de estructuras culturales pesadas que perviven hasta el presente. El uso de los recursos naturales afectados por las nociones de lo “útil a la mano” depredaron, construyendo *habitats* y destruyendo ecosistemas irreversiblemente. Uno de los primeros lugares que sufrió las consecuencias del impacto de la colonización europea fue la costa oriental mexicana, específicamente la cabeza de playa que posteriormente se convertiría en enclave del dominio español a lo largo de trecientos años: Veracruz.

Veracruz al convertirse en el lugar desde el cual se vertebró la colonización con el transitar de personas, mercancías y conocimientos hacia el altiplano nacional, se constituyó en uno de los ejes en torno a los cuales girarían multitud de actos humanos que marcaron indeleblemente territorios. Esa movilidad humana gestó la apropiación de todos aquellos recursos naturales indispensables para la sobrevivencia y mantenimiento de todos los procesos de trabajo vinculados a la explotación sistemática sin reservas. Colaboraron también en la reproducción de formas culturales de poder-subordinación de los conquistadores y de todo el poderío español en el mundo. No sin influir y transformar cualesquiera de los hábitos y ámbitos de los pobladores, hasta el punto de afectar gustos culinarios, musicales, recreaciones lingüísticas y festivas, el cuidado y las nociones del cuerpo, de salud-enfermedad, la construcción arquitectónica, el trazado y localización de las ciudades, la fortificación, culto y mantenimiento urbano, la educación, los roles sociales de cada uno de los miembros de la naciente sociedad, etc., confiriendo a los lugares una personalidad que habría de repetirse con sus peculiaridades -con más o menos violencia- en el resto del continente. Con ello se describirían espacialidades que compartieron rasgos comunes, a la vez que diferenciadores.

La ciudad puerto de Veracruz era un lugar poco propicio para las actividades que le conferían los colonizadores, movió varias veces su localización hasta quedar en donde ahora se encuentra. Pero la necesidad de transportar las mercancías hacia lugares más habitables fundaron asentamientos transitorios que después llegarían a ser ciudades, como son Xalapa, Córdoba y Orizaba. Estos cuatro asentamientos jugaron en el conjunto roles diferentes. Hacia el sur de la ciudad puerto de Veracruz se sembraron las primeras cañas de azúcar de tierra firme. En lugares cercanos a Córdoba, Orizaba y Xalapa cafetales, pero en todo ese aparente triángulo que conformaron se diseminaron cabezas de ganado mayor y menor provenientes del continente europeo. Estas prácticas económicas, religiosas, militares y culturales en general, afectaron para siempre las de los antiguos pobladores de la región. Diezmando a la población por efectos de la transmisión de vectores biológico ajenos. El uso de madera como fuente de energía, proveedora de materiales de construcción y transporte depredaron los bosques y las especies animales y vegetales que allí habitaban.

Dos nociones de concebir el mundo y resolverlo se enfrentarían permanentemente hasta tornarla en especificidad. La de los españoles y sus descendientes y la de las comunidades indígenas que poblaban la zona antes de su llegada. La primera dotada de las justificaciones que le otorgaba el rey, su fe y el poderío militar, se apropió de cuanto a su paso estuvo, sin importar los efectos de

sus prácticas sobre los lugares conquistados y personas sometidas. La explotación de la fuerza de trabajo hasta la esclavitud, garantizó la extracción de metales preciosos y riquezas varias para grandeza del reino. Al cercar y delimitar sus posesiones afectaban importantes ciclos ambientales desconocidos. En oposición, los indígenas conocedores de los recursos naturales y su comportamiento histórico, los empleaban sin arrasarlos. El cultivo de “*roza y quema*”, por ejemplo, parecía ante los ojos de los conquistadores un uso de la tierra sin propiedad. No es de extrañar que con frecuencia consideraran que las tierras y posesiones adquiridas por ellos eran “tierras incultas”, vacías. Tan dilatado fue el efecto social de dichas nociones y prácticas que no faltó quién considerase que la conquista del trópico húmedo mexicano se logró hasta bien entrado el siglo XX.⁶¹ Esto incluso ha sido llevado al extremo por algunos analistas al considerar que dichos territorios eran espacio vacío incluso en el siglo XIX,⁶² como manera de justificar la apropiación.

La multitud de actividades -producción, circulación de mercancías, extracción de recursos naturales: metales preciosos, maderas, pieles, tintes, etc.-, desplegadas en la parte central del Golfo de México, al describir rutas de acceso, en mas de dos sentido -entrada y salida del país-hacia el altiplano, el Pacífico -específicamente Acapulco, Guerrero por donde llegaba la Nao de China-, el Bajío y los centros mineros del norte, fueron describiendo su espacialidad como consecuencia del tránsito desplegado por seres humanos en su tránsito y su persistente peregrinar. Si fuésemos capaces de imaginar las rutas y la ampliación aledaña de estas y su vinculación a los centros de vivienda y trabajo, podríamos imaginar también la telaraña de relaciones tejida a lo largo de tres siglos de dominación española. Sin embargo, si la mirásemos en su constitución y funcionamiento local, a lo mejor nuestra imagen se transformaría en la de un archipiélago en un mar despoblado, en la que las ínsulas serían las actividades productivas y de servicios, los asentamientos humanos, las rutas de transportes y el mar todo lo no sometido, ni estructurado al sistema de explotación-dominación. Pero lo no-utilizado y no-subordinado, convivían siempre con lo potencial y lo latente, con lo que no estaba en potencia y ni en acto. ¿Qué queremos decir con eso?

Primero, que si bien el centro de Veracruz describía sus límites dominantes de interacción social e individual, durante la Colonia entre las márgenes de los ríos Nautla hacia el norte y Papaloapan hacia el sur, estos se verían rebasados y trastocados a consecuencia de la aplicación de las Reformas Borbónicas al final del siglo XVIII. La liberación del comercio y de los puertos aledaños al de Veracruz, trajo aparejada la reorientación de los flujos y como consecuencia el desplazamiento de las élites comerciales, al punto que estas debieron contactar directamente con los centros productores de cochinilla grana en Oaxaca, palo de tinte en Campeche y los de cacao en Tabasco. El cambio de la orientación de las actividades económicas en este caso -debido a una decisión política tomada en el centro de poder-, condujo a modificaciones importantes en la

⁶¹ Jan Revel-Mouroz (1972).

⁶² Odile Hoffman y Emilia Velázquez (1994). Una manera de ilustrar profusamente los tipos de propiedad, su concepción y sus consecuencias sociohistóricas, así como su complejidad es apreciable en las obras de Guadalupe Rivera Marín de Iturbe (1983) y François Chevalier (1972).

espacialidad de las actividades. Pero no sólo eso, trajo como consecuencia una participación más agresiva de los veracruzanos en la construcción de la nación durante todo el siglo XIX.

Las modificaciones ocurridas en el proceso de acumulación mundial comandadas por los ingleses, dieron al tendido de vías férreas y a la explotación petrolera tal prioridad que provocó el remapeamiento de las actividades al modificar las espacialidades precedentes alimentadas durante siglos de dominio español. Las zonas petroleras y los ferrocarriles se unieron para acelerar la extracción de riquezas. En el norte y sur de Veracruz, por ejemplo la propiedad de la tierra -el suelo y el subsuelo- fueron reestructurados en los lugares en donde las nuevas actividades se desplegaron. La población se movió en dirección de los centros petroleros, se crearon ciudades en donde no las había y alimentó una actividad portuaria insospechada. Formas culturales aparecieron hibridándose, lo mismo en la festividades institucionalizadas por las comunidades, que en las formas del uso del tiempo libre, la convivencia familiar, la educación, etc., los horizontes de vida se trastocaron ante la impronta de la modernización. Áreas que antes estaban delimitadas política y administrativamente, ahora eran rebasadas por las prácticas cotidianas del hacer-transformar-explotar-vivir-reproducirse.⁶³

Los límites de las entidades federadas se superaban, al norte de la entidad los centros de extracción petrolera se agolparon en torno a Tampico, durante la primera década del siglo XX. Pero para la segunda en un lugar inimaginado uno años antes: Poza Rica. Propiciada por el descubrimiento de la “faja de oro” surgida de la agitación provocada por el descubrimiento y explotación de enormes yacimientos petrolíferos. Al sur por su parte, los habitantes de Oaxaca y Tabasco tendieron a migrar hacia Minatitlán y Coatzacoalcos lugares en donde la extracción, refinamiento y exportación de petróleo se llevaban a cabo. Los trabajadores se acomodaron a las exigencias de la reproducción capitalista del momento, pero no sin dotar al entorno socioambiental de su propio colorido, resistencia y participación. *zapotecos*, *soques*, *popolocas*, *huastecos* y *totonacos* deambularon en las zonas petroleras como fuerza de trabajo, músicos, restauranteros, agricultores, ganaderos, cocineras, *sexoservidoras* y *sexoservidores*, líderes sindicales, campesinos, rebeldes insumisos, comerciantes y representantes oficiales de sus comunidades.

Los circuitos del producto como los del capital al transformar la división internacional del trabajo espacializaban sus consecuencias, creando áreas vinculadas al exterior y a los intereses extranjeros como si fuesen enclaves pero íntimamente vinculadas a lugares específicos. Tales áreas no obstante, conservaron su sabor regional adaptando sus tradiciones culturales adoptando todo aquello que parecía novedoso, enriquecedor, que se apreciaba benéfico y provechoso no sin resistir cuando se percibía que la vida comunitaria estaba en peligro. Este es el caso de las culturas: huasteca, nahua, totonaca, zoque, popoloca, zapoteca y de sus pobladores, quienes se han destacado históricamente por sus capacidades de trabajo y resistencia. La hibridación cultural generada como consecuencia de ese

⁶³ Al respecto los testimonios dejados por los viajeros extranjeros en México son legendarios en ese sentido desde Alexander von Humboldt, hasta Bernard Ward, pasando por Paula Kolonitz hasta el propio Joel R. Poinsett. Mayabel Ranero Castro (2001: 54-73).

trasiego humano a lo largo de cinco siglos, amalgamaron en una superficie de 70 mil kilómetros cuadrados⁶⁴ a indígenas, europeos y africanos, en una espacialidad diversa ligada a lugares y medioambientes heterogéneos, que todavía ahora reclaman comprensión en aras de la solución de sus problemas que acompañan a la pobreza a consecuencias de la extracción de riquezas.

Sin entrar en los detalles de las maneras en las cuales los sujetos sociales se han transformado históricamente, de manera destacada o anónima, podemos recomponer con nuestros ejemplos la espacialidad de los fenómenos sociohistóricos que se desplegaron en el tránsito de los siglos XVI, XVII y XVIII, para conformar una región que fue la consecuencia del impacto colonial español en el centro de Veracruz. Delimitada al norte por el río Nautla y al sur por el Papaloapan. Abierta en sus relaciones hacia el centro-occidente del país - por las ciudades de ciudades de Puebla, México y el Bajío-, y hacia el Oriente por sus relaciones con Cuba y el Caribe y por supuesto hacia el continente europeo. Región que sustentaba sus dominios locales en cuatro centros urbanos -Veracruz, Xalapa, Córdoba y Orizaba- y las principales comunidades aledañas. Cada una de estas con sus funciones específicas en el conjunto, tendentes a rivalizar y complementarse. Ámbito territorial en donde el puerto de Veracruz se mostraba dominante al irradiar los efectos de las actividades comerciales internas y externas, pero sobre todo por haber sido la garganta de América, la puerta de entrada al reino y sus riquezas. Ya a finales del siglo XVIII y durante el XIX dicha región inició sus transformaciones más radicalmente aceleradas por efectos del cambio del centro hegemónico de poder mundial, del Mediterráneo hacia el Mar del Norte. Desde la llegada de los Borbones al poder, Inglaterra habían iniciado la penetración por varias vías a las posesiones coloniales españolas. Tampico fue la cabeza de playa desde la cual ingresaron a los compradores de sus mercancías en las zonas mineras, sin la mediación de los comerciantes que integraban el poderoso grupo de ciudad de México y Veracruz.

De manera sintética se describieron las distintas espacialidades complejas inducidas por la construcción de la modernidad y algunos de sus efectos señeros en la parte más oriental de México. En ella la organización de las culturas prehispánicas del Golfo de México se afectaron por el contacto europeo, para dar paso a una sociedad colonializada, híbrida y nueva. Lo local y mundial mostraron su dialéctico devenir para subordinar territorios, lugares, conciencias y vidas, insufladas por el sistema capitalista necesitado de la construcción de un Estado Nacional, capaz de asegurar las correas de transmisión que unían al centro con sus periferias. No obstante, la modernidad como proceso civilizatorio y cultural continúa expandiéndose mostrando sus insuperables contradicciones al integrar territorios, recursos naturales y desintegrado comunidades, personas y vidas.

⁶⁴ De acuerdo con la información oficial disponible, en 1990 había (expresados en miles) 6 941 habitantes, mientras que en 1991 y 1992 ascendió de 7 086 a 7 236. La misma fuente señala que en el año 2000 habrían 8 473 si se mantienen las actuales tasas de crecimiento de la población, para el 2002 sin duda las cantidades se han modificado debido a las fuertes corrientes migratorias hacia la frontera norte. Ver INEGI, *Veracruz, cuaderno de información para la planificación*, México, 1986, p.37.

Sin haber superado las promesas incumplidas de la modernidad, los pueblos latinoamericanos padecen las consecuencias del embate posmoderno venido de la mano del modelo neoliberal y las consecuencias de la globalización homogeneizante lanzada desde centros hegemónicos del saber y el poder. Con ella nos ha llegado el reto de lo efímero, lo móvil y evanescente y la propuesta referida a la vida cotidiana, la microhistoria e historia instantánea. Aquí las muestras de espacialidad de los procesos de vida son todavía más abundantes. Dos ejemplos tomados del trabajo coordinado por Alicia Lindón revelan bien lo que nos interesa destacar. Uno de ellos nos lo proporciona Salvador Juan (2000: 123-145) y el otro Pablo Fernández Christileb (2000: 147-170). Para Salvador Juan la fragmentación territorial es consecuencia de la organización de la vida actual por eso:

Desde la perspectiva del actor, los recorridos rutinarios se extienden en el espacio en la medida en que se multiplican en cantidades. Por otra parte, para realizar dichos recorridos rutinarios, las personas deben usar no sólo el conjunto de la ciudad, sino también una parte importante de la periferia, más allá de los lugares donde se encuentra la animación comercial y la oferta de transporte. Tenemos así el efecto principal que produce el espacio fragmentado y sus recientes desarrollos en las polarizaciones institucionales, sobre la movilidad cotidiana de los actores.

En esta descripción se aprecian algunos desacuerdos con nuestra propuesta. Los recorridos rutinarios no se extienden en el *espacio* como sostiene el autor, se extienden en lugares, en territorios concretos culturales, historicamente contruidos.⁶⁵ Por lo que si bien las actividades pueden parecernos aisladas, ontologizadas, fragmentadas, en realidad están íntimamente vinculadas. Por eso una vez más, no es el *espacio* en abstracto el o lo fragmentado, sino que la forma de vida describe en su rutinaria cotidianeidad *espacialidades* que aunque diferenciables están todas ellas relacionadas entre sí, por más que al momento de realizarse sólo atraviesen lugares, alterando y tensando la existencia.⁶⁶Una posición

⁶⁵ Ibidem, pp. 173-174

⁶⁶ Para el propio autor la categoría de *espacio* es una manera de desaparecer al territorio. La siguiente afirmación es muy clara al respecto: “Para todo el mundo, la vida en la ciudad está cada vez más cronometrada. Sólo algunos privilegiados se dan el lujo de la calma y la lentitud, algunas personas sin niños o jubiladas, parecen escapar a esta ley general. Esta tensión temporal es indisoluble de la tensión que generan los espacios de vida, de trabajo, de ocio, de consumo, mercantil, etc., cada vez más disociados entre sí por las políticas de ordenamiento territorial y la urbanización, que racionalizan y especializan los territorios. Estos usos del espacio, que acompañan la sensación de que “todo está lejos”, manifiestan en el fondo el vuelo del tiempo en el sentido doble del término: el tiempo que pasa rápido (que vuela) y el tiempo que roba la vida.” Salvador Juan (2000:130). Sin duda el tiempo tiene influencias en el accionar y lo afecta, incide sobre él y lo transforma aleatoriamente; pero igualmente los procesos se expanden espaciotemporalmente. Pero ante una posición como la de nuestro autor revela la caja negra de la sicología del individuo actuante y pensante y ahí las profundidades son insondables. Por ello nuestra propuesta se sitúa *más acá* en el universo del accionar humano, en el de las estelas que deja a su paso, en las posibilidades de construcción de futuro y sus relaciones medioambientales, en los patrones culturales que sintetizan su *ser y estar allí*, no al lado ni inconsciente, sino inmerso en sus múltiples relaciones, articulado haciendo y rehaciendo su existencia como individuo y como parte de conglomerados humanos más amplios.

justamente opuesta a la anterior es la de Alejandro Moreno. La que traemos para hacer una especie de contrapunto con la de Salvador Juan.

Las mentes despiertan en un mundo, pero también en lugares concretos, y el conocimiento local es un modo de conciencia basado en el lugar, una manera lugar-específica de otorgarle sentido al mundo. Sin embargo, el hecho es que en nuestro interés con la globalización, el lugar ha desaparecido. Un conjunto de trabajos recientes intentan superar esta paradoja al resolver algunas de las trampas epistemológicas que limitan las teorías de la globalización. Al mismo tiempo, ofrecen elementos para pensar más allá del desarrollo, es decir, para una conceptualización del posdesarrollo que es favorable a la creación de nuevos tipos de lenguajes, comprensión y acción. Debates nuevos sobre la economía y el lugar parecen ser especialmente útiles en este aspecto. En estos trabajos el lugar se afirma en oposición al dominio del espacio, y el no-capitalismo en oposición al dominio del capitalismo como imaginario de la vida social.

Con Pablo Fernández⁶⁷ recuperamos la inmediatez de la movilidad, de lo efímero, abstraído de cualesquier contexto revelándonos la espacialidad descrita a pesar de sus reticencias para hacerlo:

⁶⁷ Pablo Fernández (2000: 147-148). Aquí no encontramos motivos al desplazamiento individual y social. La errancia por la errancia misma nos deja sin huellas para seguir y rastrear. ¿Es posible por ésta vía aprehender los fenómenos sociales en toda su complejidad? ¿Qué sucede con los lugares y las necesidades vitales de los individuos, los accidentes, las catástrofes naturales y sociales, la violencia cotidiana y la sobrevivencia? Los automóviles necesitan combustible, mantenimiento y reposición. En un momento dado los distintos mercados exigen dinero contante y sonante, por ello el uso de la categoría de *espacio* aparece como un *ente* irreal, haciendo referencia al no-lugar, al no-territorio a lo invivible, a la ficción. No obstante, el autor nos ofrece una definición de comunidad y posmodernidad por demás sugerente, en la cual reconoce la espacialidad del movimiento posmoderno: “Una comunidad es ... un suelo y una atmósfera simbólicos; la posmodernidad consiste en la extralimitación de los marcos en que estaba contenido el conocimiento de la realidad. La forma posmoderna de la comunidad ha perdido el suelo en su acepción tradicional, sustituyéndolo por el transporte y la velocidad de suerte que su atmósfera vital se caracteriza por la inmediatez y transitoriedad de grupos, pensamientos, sentimientos, objetos, lugares, identidades, normas y verdades.” Ibidem, p 167. Una vez más, aquí la posmodernidad nos lanza al espacio abstracto, incorporeo, esencial, que le viene bien a los intereses dominantes, esencia sin sentido, ideologización globalizante, sometimiento a sus dictados. Con Santiago Castro (2000: 210), recuperamos la orientación impresa a las ciencias sociales por el Occidente colonizador: “El sometimiento al orden y a la norma conduce al individuo a sustituir el flujo heterogéneo y espontáneo de lo vital por la adopción de un *continuum* arbitrariamente constituido desde la letra ... Son imaginarios que poseen una *materialidad concreta*, en el sentido de que se hallan anclados en sistemas abstractos de carácter disciplinario como la escuela, la ley, el Estado, las cárceles, los hospitales y las ciencias sociales. Es precisamente este vínculo entre conocimiento y disciplina el que nos permite hablar ... del proyecto de modernidad como el ejercicio de una “violencia epistémica”. Es en ese mismo sentido que el pensamiento posmoderno se asume autorizado para tornar evanescentes los lugares, los territorios y a las personas.

Un rasgo simple del mundo actual es que la gente se transporta mucho: va y viene de aquí para allá como si no tuviera un lugar donde quedarse, y para eso usa automóviles, autobuses, subterráneos, bicicletas, patines, patinetas y zapatos, aunque igual parece que no va a ninguna parte: sólo se mueve, en el entendido de que todo lo que pasa viene. El automóvil es la patria de los nómadas, y por ende, es la metáfora de hoy. El mundo apenas ayer era más quieto: la gente iba a trabajar, comprar, mirar, festejar, y volvía, y había un lugar donde esperarlo, en el entendido de que todo lo que va tiene que volver, de manera que un observador sentado podía ver el mismo individuo, la misma pareja, familia, grupo y comunidad en la ciudad. Pero de ahora en adelante, en la misma ciudad, solamente ve gente pasar, sola, en parejas o grupos, pero siempre otra, distinta, y todavía de otra manera más, porque así se desplazan en el espacio, también su constitución interna está en tránsito de manera similar a la personalidad de un esquizofrénico, según puede apreciarse en la desintegración familiar, los cambios de pareja y los transportes interiores de los individuos; se transita por dentro de los grupos; las comunidades también tienen éxodo, su diáspora y su errancia: al igual que el resto de la sociedad, practican el arte, la moda: la desaparición ... posiblemente cuando un psicólogo comunitario/ investigador las busque, ya estén en otra parte.

Su afirmación nos recuerda las de algunos economistas. François Perroux afirmaba al final de los años sesenta, cuando acuñaba el concepto de espacio económico, que no deberíamos de preocuparnos por los territorios, ni los espacios vitales, que tantos conflictos habían acarreado a la humanidad. Era mejor pensar en el espacio económico abstracto el cual generaba polos de crecimiento desterritorializados capaces de irradiar sus efectos hacia los espacios en los que la actividad económica era menor. Esa actitud es similar a la que ahora se difunde respecto a las soluciones macroeconómicas. Adicionalmente muchos otros economistas creyeron que era imposible seguir el ritmo de los acontecimientos económicos, pues cuando el analista era capaz de describir dichos fenómenos la realidad económica se había movido imposibilitando su aprehensión. Tales criterios condujeron a la implementación de soluciones económicas ideadas fuera de los contextos en los cuales se generaban los problemas. Las consecuencias se hicieron evidentes en la implementación de soluciones desarrollistas en el contexto latinoamericano durante las décadas de los sesenta y setenta, pero con el modelo neoliberal la actitud tecnocrática fue llevada al extremo: Las explicaciones y soluciones alternativas críticas no tienen cabida y se tratan de erradicar cuando aparecen como si fuesen perniciosas.

No obstante, ambos autores nos ofrecen sugerentes maneras de mirar y concebir la realidad individual socialmente vivida. Pero evaden los lugares, prefieren ir al no-lugar, a las significaciones esencialistas pretendidamente universales, que ya hemos señalado dejan fuera enormes contenidos que le otorgan sentido a la concreción a lo vivido, a lo viviéndose. Sin duda quienes se dedican a

la reconstrucción de las historias de vida podrían contribuir decididamente a las polémicas referidas a la importancia y trascendencia de los lugares en la organización y transformación de la vida, las comunidades y la sociedad. En la medida en que las historias de vida recorran lugares comunes y se resuelvan de manera similar podremos describir rutas, mapas de comportamiento social generalizables en los cuales podamos reconstruir y leer lo que les caracteriza y diferencia, así como las potencialidades de transformación -conscientemente intencional- que impulsa la toma de decisiones, la invención de *espacialidades* originales, más allá de los lugares comunes que nos propone la construcción de la modernidad capitalista y que nos ha impuesto históricamente el capitalismo real.

Conclusiones

En la exposición son perceptibles por lo menos tres elementos que le dan sentido a nuestra reflexión. Uno de ellos referido a la importancia adquirida por la dimensión espacial de las construcciones de los científicos sociales en el siglo XX. Otro la laxitud con que ha sido usada la categoría de *espacio* por ellos mismos, lo cual explica en parte porqué el *espacio* ha venido bien como punto de llegada, o de partida al llamado análisis regional, sin lograr destrabar las concepciones del *ser allí, en y para sí* de los sujetos sociales. La propuesta de sustituir la categoría de *espacio* por el concepto de *espacialidad* -como elemento analítico articulador de saberes-, con el cual es posible aprehender la extensión de los procesos sociohistóricos anclados a los lugares y medioambientes, pero no como algo petrificado y eterno, sino en sus perpetuas y contradictorias movilidades que inciden en la vida misma.

La primera de las partes no reclama mayores detalles por la gran difusión adquirida por la problemática, pero tampoco por el grado de ideologización y politización alcanzada. Si en la década de los noventa del pasado siglo, la globalización logró los más elevados *ratings* de popularidad entre los científicos sociales entre los científicos sociales, en las dos décadas anteriores la región y los estudios regionales lo hicieron. Sin embargo, frente al embate de la globalización, los estudios regionales son cuestionados cuando no bien se ha valorado su pertinencia y potencialidad epistemológica, teórica y práctica. Pero las necesidades de numerosos conglomerados poblacionales reclaman explicaciones a la estructuración de sus vidas cotidianas en donde *lo local* se ve transgredido por *lo global* y éste afectado por aquel. La idea de sociedades red se levanta con fuerza y la concentración económica amenaza al sistema-mundo capitalista donde la modernidad no parece haber desplegado toda su espacialidad, ni todas sus potencialidades a pesar de la violenta persistencia de contradicciones que parecen insuperables por la organización social que garantiza su reproducción.

El otro aspecto que a mi juicio reclama explicación es *el lugar*. Como se pudo demostrar el *lugar* es en mucho equivalente al *kairos* griego, es la concreción y dispersión de los procesos sociales. Ese hecho por sí mismo no garantiza el análisis, explicación, descripción ni evita la ontologización de los mismos en el

momento en que son usados para caracterizar los fenómenos sociales. Con ello sólo se alude a la ubicación de las raíces y de ninguna manera a su extensión y ramificación, ni mucho menos a la compleja trama simbiótica que traba con su entorno describiendo multitud de procesos, estructuras y sistemas engarzados espaciotemporalmente. Es por eso que el *quid* de la cuestión se corre hacia el *ser en sí y para sí*, hacia la organización del conocimiento de que es capaz el sujeto cuando trata de encontrar explicación a sus múltiples relaciones e identificar los límites difusos de la *espacialidad* sociohistórica y medioambiental en que es capaz de incidir en la construcción de futuros.

La sustitución que proponemos de la categoría de *espacio*, para referirnos a la extensión de los procesos sociales en su dinámico acontecer, por el concepto de *espacialidad* tiene sentido en cuanto éste permite organizar el conocimiento y sus posibilidades de aprehensión en un todo coherente y creativo desde los *lugares*. Despoja en consecuencia al análisis regional de las ataduras mecanicistas y de cuanto de positivista tengan las nociones de espacio geográfico, suerte de *ente* apriorístico, especie de *Deus ex machina* creador de regiones. Recuperamos para bien, la trascendencia de la *espaciotemporalidad* como categoría estructuradora perceptible en los procesos, en los sistemas sociohistóricos e historias de vida a la hora de expresar su materialidad de la organización social.

Nuestra sugerencia toma vitalidad en aquellas investigaciones sociohistóricas que superaron ya las nociones ideográficas que han pretendido encontrar salida al callejón sin salida del universalismo frente al particularismo, o a lo que parece peor aún, al localismo exagerado asumido como la parte última y asidero primigenio de la vida misma, expresado en un folclorismo inconsecuente que trata de elevar a su más alta potencia peculiaridades de maneras de ser inexistentes. Por eso compartimos puntos de partida gnoseológicos con Sergio Bagú, Immanuel Wallerstein, Samir Amin, David Harvey, Walter Mingnolo, Hugo Zemelman, pero ante todo Alejandro Moreno, Eduard Said y con todo el grupo de pensadores latinoamericanos interesados en el lugar o los lugares, desde los cuales leemos, construimos y transformamos la realidad sociohistórica y ambiental en la que vivimos, pero que igual padecemos. Las consecuencias del embate neoliberal que busca lugares en los cuales extraer plusvalor de manera violenta y apresurada sin importar las consecuencias, son el ejemplo más cercano.

Como pudimos apreciar la espacialidad es ocasionada por la reproducción social y todos los procesos de trabajo implicados en ella. Estas varían histórica y geográficamente, por eso cada manera de organizar la vida despliega cierta espacialidad expresada generacionalmente. No es aquí la noción de tiempo positivo cronométrico la forma de medida apropiada, sino la manera en la cual la espaciotemporalidad generacional es capaz de afectar la flecha del tiempo, la dirección de los procesos sociales y por supuesto incidir en la psicología de los individuos, que habrán de traducirse en prácticas políticas distintas y con frecuencia contradictorias nociones del mundo.

Bibliografía

- Apitz, Alicia y Hugo María M., “Cambios en la organización espacial de la región histórica marabina mediante estructuraciones de la red de transportes y comunicaciones, *Tierra Firme*, No. 64, A-o 16, Vol. XVI, Caracas, Venezuela, Octubre-diciembre, 1998, pp. 666-713
- Aymard, Maurice, “Espacios”, en Fernand Braudel, *El Mediterráneo*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp. 136-157
- Bagú, Sergio, “Sistema: Abstracción y realidad en ciencias sociales” en Rolando García, *La epistemología genética y la ciencia contemporánea*, Editorial Gedisa, Barcelona, España, 1997, pp. 145-152
- Brading, David A., *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989
- Braudel, Fernand, *El Mediterráneo*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1990
- Briceño Ruiz, José, “Regionalismo y regionalización en la cuenca del Caribe. Un análisis crítico desde la perspectiva de la identidad”, *Tierra Firme*, No. 63, A-o 16, Vol. XVI, Caracas, Venezuela, Julio-septiembre, 1998, pp. 433-452
- Carmagnani, Marcelo, *El regreso de los dioses. El proceso de reconstrucción de la identidad étnica en Oaxaca. Siglos XVII y XVIII*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988
- Castells, Manuel, *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*, Vol. I, S. XXI Editores, México, 1999
- Castro-Gómez, Santiago, “Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la “invención del otro””, Edgardo Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, UNESCO-FACES/UCV, Caracas, 2000, pp. 201-225.
- Cerruti, Mario, *Burguesía, capitales e industria en el norte de México*, Alianza Editorial-Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 1992
- Coarelli, Filippo, “Roma”, en Fernand Braudel, *El Mediterráneo*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp. 111-133
- Coraggio, José Luis, *Territorios en transición. Crítica a la planificación regional en América latina*, UAEM, México, 1994
- Chaunu, Pierre, *Historia ciencia social*, Editorial Crítica, Madrid, 1985
- Chevalier, François, *La formación de los latifundios en México. Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.
- Derrida, Jaques, *Aporías*, Paidós, Barcelona, España, 1998
- Díaz Chávez, Filander, *Sociología de la desintegración regional*, Universidad Autónoma de Honduras, Tegucigalpa, 1972
- Duby, Georges, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Taurus Ediciones, Madrid, España, 1992
- Duval, Guy, “Teoría de sistemas. Una perspectiva constructivista”, Santiago Ramírez, (coordinador), *Perspectivas en las teorías de sistemas*, Siglo XXI Editores-UNAM, México, pp. 62-69

Fernández Christileb, Pablo, “ El territorio instantáneo de la posmodernidad”, Alicia Lidón, (Coord.), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*, Anthropos, Barcelona, 2000, pp. 123-146. pp. 147-170.

Gatti Luis María, Cuello Delia y Graciela Alcalá, “Historia y espacios sociales”, *Instituto Panamericano de geografía e historia*, Vol. XLV, No. 50, México, 1979, pp. 23-37

González, Luis, “Terruño, microhistoria y ciencias sociales”, en Pedro Pérez Herrero, (compilador), *Regiones e historia regional en México*, Instituto Mora, México, 1997, pp. 23-36

Gutiérrez Sánchez, José Luis, “Teorías, sistemas y comprensión del mundo”, Santiago Ramírez, (coordinador), *Perspectivas en las teorías de sistemas*, Siglo XXI Editores-UNAM, México, 1999, pp. 93-100

Hoffman, Odile y Velázquez, Emilia, *Las llanuras costeras de Veracruz. La lenta construcción de regiones*, Universidad Veracruzana-ORSTOM, Xalapa, México, 1994.

Juan, Salvador, “Las tensiones espacio-temporales de la vida cotidiana”, Lander, Edgardo, (Editor), “Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos”, Edgardo Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, UNESCO-FACES/UCV, Caracas, 2000, pp. 11-58

Lidón, Alicia, (Coord.), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*, Anthropos, Barcelona, España, 2000, pp. 123-146.

Kaku, Michio, *Visiones. Cómo la ciencia revolucionara la materia, la vida y la mente en el siglo XXI*, editorial Debate, Madrid, España, 1998

Koyré, Alejandro, *Del mundo cerrado al universo infinito*, Siglo XXI Editores, México, (1979) 1998

Marx, Carlos, *El Capital*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1962

Miramontes, Octavio, “Los sistemas complejos como instrumentos de un conocimiento y transformación del mundo”, en Santiago Ramírez, (coordinador), *Perspectivas en las teorías de sistemas*, Siglo XXI Editores-UNAM, México, 1999, pp. 83-92

Miramontes, Pedro, “El estructuralismo dinámico”, Santiago Ramírez, (Coordinador), *Perspectivas en las teorías de sistemas*, Siglo XXI Editores-UNAM, México, pp. 70-81

Moreno, Alejandro, “Superar la exclusión, conquistar la equidad: reformas, políticas y capacidades en el ámbito social”, Edgardo Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, UNESCO-FACES/UCV, Caracas, 2000, pp. 155-199

Moreno Toscano, Alejandra, Enrique Florescano, *El sector externo y la organización espacial y regional de México*, UAP, Puebla, México, 1977

Morin, Edgard, *El método*, Ediciones Cátedra, Madrid, España, 1998

Peña, Luis de la, (coordinador), *Ciencias de la materia. Génesis y evolución de sus conceptos fundamentales*, S. XXI Editores-UNAM, México, 1998

Peña Guillermo de la, “Los estudios regionales y la antropología social en México”, en Pérez Herrero, Pedro, (compilador), *Regiones e historia regional en México*, Instituto Mora, México, 1997, pp. 123-162

- Pérez Herrero, Pedro, (compilador), *Regiones e historia regional en México*, Instituto Mora, México, 1997
- Piaget, Jean y Rolando García, *Psicogénesis e historia de la ciencia*, S.XXI Editores, México, 1998
- Prigogine, Ilya, *El nacimiento del tiempo*, Tusquets Ediciones, Barcelona, España, 1998
- Ramírez, Santiago, (coordinador), *Perspectivas en las teorías de sistemas*, Siglo XXI Editores-UNAM, México, 1999
- Ramírez, Santiago, Teoría general de sistemas de Ldwing Von Bertalanfy, Santiago Ramírez, (coordinador), *Perspectivas en las teorías de sistemas*, Siglo XXI Editores.-UNAM, México, 1999, pp. 11-24
- Ranero Castro, Mayabel, *Viajeros extranjeros en el México decimonónico. Diversas miradas de un país en formación*, Tesis doctoral de tercer ciclo, UPV, Xalapa, México, 2001
- Revel-Mouroz, Jean, *Aprovechamiento y colonización del trópico húmedo*, Fondo de Cultura Económica, México, (1972) 1980.
- Rivera Marín, Guadalupe, *La propiedad territorial en México 1301-1810*, Siglo XXI Editores, México, 1983
- Sack, Robert D., “El significado de la territorialidad”, Pérez Herrero, Pedro (compilador), *Regiones e historia regional en México*, Instituto Mora, México, 1997, pp. 194-204
- Serres, Michel, *Los orígenes de la geometría*, Siglo XXI Editores, México, 1996
- Smith, Carol A., “Sistemas económicos regionales: modelos geográficos y problemas socioeconómicos combinados”, Pérez Herrero, Pedro, (compilador), *Regiones e historia regional en México*, Instituto Mora, México, 1997, pp. 37-98
- Subirats, Eduardo, *El continente vacío*, Siglo XXI Editores, México, 1994
- Therborn, Göran, *Europa hacia el siglo veintiuno*, Siglo XXI Editores-UNAM, México, 1999
- Valencia, Guadalupe, “Pensar al tiempo desde las ciencias sociales”, Cuaderno de trabajo, No. 12, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver., 2002
- Van Yuong, Eric, “Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas”, Pérez Herrero, Pedro (Compilador), *Regiones e historia regional en México*, Instituto Mora, México, 1997, pp. 99-122
- Venegas Delgado, Hernán, *Provincias, regiones y localidades: Historia regional cubana*, Fondo Editorial Tropykos, Caracas, 1993
- Wallerstein, Immanuel, *Impensar las ciencias sociales*, Siglo XXI Editores-UNAM, México, 1999
- Zemelman, Hugo, *Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento*, COLMEX, México, 1997

Cuadernos de Trabajo, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana, Diego Leño 8, C.P. 91000, Col. Centro, Xalapa,
Veracruz, México
Telfax (01228) 812 47 19
Email: iihs@uv.mx